

De la crisis monetaria : resumen de una discusión que sobre este tema tuvo lugar en varias sesiones de la Academia en 1864 .

[Madrid] : [Real Academia de Ciencias Morales y Políticas], 1864.

Vol. encuadernado con: El crédito agrícola : discursos de recepción de Eugenio Montero Rios y de contestación de Laureano Figuerola, leídos... 1887

Signatura: FEV-AV-M-02615

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente







C. B: 6000000172312

FEU-AV-M-02615

~~35915~~



Separata número **185 M.**

Publicaciones de la Real Academia
de Ciencias Morales y Políticas

DE LA CRISIS MONETARIA EN 1864

RESUMEN de una discusion que sobre este tema tuvo lugar en varias sesiones de la Academia en 1864.

El **Sr. Colmeiro**, como ponente en este debate, leyó unos breves apuntes, en los cuales recordó á la Academia que el descubrimiento de los terrenos auríferos de la California y la Australia causaron grande perturbacion en todos los mercados del mundo, y dieron mucho que pensar á los economistas. Que una produccion anual de 250.000 kilógramos de oro sacados de las minas de Europa, Asia y América y sostenida durante un período no poco largo, debía producir y produjo graves trastornos en el mercado general. Que las consecuencias de esta repentina inundacion de oro fueron la baja de su valor, que se comunicó á todo el numerario circulante; de modo que, si bien con cierta lentitud (pues semejantes alteraciones nunca sobrevienen de la noche á la mañana), subieron constantemente los precios de todas las cosas comerciabiles. Que como la produccion de la plata no se aumentó al compás de la del oro, la relacion legal de los metales preciosos, es decir, la antigua relacion de 16 ó 15 $\frac{1}{2}$ á 1, no pudo ya sostenerse. Que aunque los Gobiernos la conservaron allí donde ambos metales servían de moneda legal, como no es lo mismo mandar que ser obedecido, el espíritu de especulacion halló que el valor nominal de la plata era, con respecto al oro, menor que el real, y así la moneda

de aquella especie tan útil para las diarias transacciones y el comercio de menudeo, desapareció de las principales plazas de Europa. Que si ántes era ya buscada esta clase de moneda para alimentar el tráfico del Occidente con el Oriente, despues que el interés particular halló en ella, además de la utilidad que prestaba como instrumento necesario de aquellos cambios, la de crecer su valor, transportándola de un mercado á otro, se precipitó la corriente de su exportacion. Que si bien la desaparicion de la moneda de plata no basta á explicar una crisis que consiste en la escasez de toda especie de moneda, no puede desconocerse que es un accidente que la agrava. Que la crisis monetaria nos sorprendía con un vacío de plata que neutralizaba hasta cierto punto la abundancia del oro, aumentaba el conflicto y dificultaba su remedio. Que la crisis es una enfermedad muy compleja, porque procede de muy diversas causas: unas comunes á todos los pueblos, y otras propias solamente de algunos; unas inmediatas y otras mediatas ó remotas. Que el horizonte político está preñado de tempestades, la tormenta ruge sobre nuestras cabezas y no sabemos dónde, pero sí que en alguna parte descargará el rayo. Que la situacion de Europa no es para inspirar confianza, pues Italia, Polonia, Hungría y otros pueblos del antiguo continente, son manzana de discordia arrojada en medio de las grandes potencias, que el día de la gran batalla de las naciones arrastrarán consigo de grado ó por fuerza á las de segundo y tercer orden; y aunque Napoleon III dijo que el Imperio es la paz, desde su advenimiento al trono de Francia, Europa se parece á la famosa venta ó castillo encantado donde no era posible vivir en quietud una hora, y así es que no pasa invierno sin anunciarse la campaña de la próxima primavera. Que esta preocupacion de los ánimos es suficiente, aunque no llegue á estallar la guerra, para que se turbe el curso tranquilo del comercio; y si en tales momentos asoma una crisis y se extiende y arraiga, adquiere un carácter de gravedad y tenacidad tal, que no hay fuerzas para conjurarla, y sólo con sumo trabajo, y despues de muchos años, llega á vencerse. Que esta dolorosa situacion de Europa no permite

considerar los días que corren bonancibles y serenos, sino como una tregua. Que la paz armada es casi tan costosa como la misma guerra, y aún puede llegar á ser más cara si se prolonga indefinidamente. Que imponiendo los Gobiernos cargas muy pesadas á los pueblos para mantener sobre las armas multitud de soldados, se halla en mala situacion la Hacienda de Austria, Rusia, Italia, Francia y otras naciones. Que un presupuesto en déficit obliga á pedir mayores impuestos ó á suplirlos con el crédito, por lo que todos los días se lanza á las plazas de Europa un nuevo empréstito, ya por cuenta de la Turquía ó de la Rusia, ya por la del Austria ó la de Italia ó Méjico, y acaso por la de Francia, y que si en el estado normal de Europa los capitales podrían distraerse de su empleo ordinario sin quebranto para la riqueza pública, en el estado presente de las cosas este juego de las fortunas no carece de peligro. Que la Bolsa se conmueve al anuncio de cada nuevo empréstito, y propagándose de unos en otros mercados el más ligero estremecimiento que se siente en cualquiera de ellos, la atonía de los capitales, paraliza todos los negocios á que se aplica la actividad humana, y sus temores ó recelos suspenden ó aflojan las operaciones de la industria y del comercio. Que tambien son causa remota de perturbacion económica los gastos considerables que los Gobiernos han hecho ó están haciendo en la construccion de grandes obras públicas, las más de mero ornato, las otras de verdadera utilidad para los pueblos, pues aquéllas cuestan y no producen, y éstas, aunque producirán con el transcurso del tiempo, disminuyen por ahora como las primeras la fortaleza de las naciones para luchar con la tempestad. Viniendo al exámen de las causas próximas ó inmediatas de la crisis, recuerda que no habiendo en el Oriente bastantes manufacturas con que pagar las que le envía Europa, en el comercio activo y animado que mantienen estas dos partes del mundo, tenemos que saldar una enorme diferencia en los cambios con oro ó plata. Que así la corriente de metales preciosos en direccion al Asia es constante y tanto más sostenida, cuanto que los habitantes de aquellas apartadas regiones no conocen las instituciones de crédito qu

pudieran excusar en mucha parte el uso de la moneda; y como además la costumbre de atesorar propia de los pueblos antiguos es comun entre los orientales, el Asia es un inmenso pozo donde se esconden y sepultan para siempre el oro y la plata que la Europa le envía para alimentar el comercio. Que las últimas guerras y la apertura de los puertos de la China y el Japon han aumentado el daño, pues si ántes era la India solamente la canal por donde se desahogaban nuestros metales preciosos, ahora tenemos otras dos no ménos anchas y profundas, y la rápida prosperidad de Sanghai es un claro indicio de que esta conjetura no carece de fundamento. Que si en tiempos ordinarios causaría todo esto una perturbacion pasajera, en el día debe producir una recrudescencia de la crisis monetaria que atormenta á los pueblos de Europa. Que la guerra de los Estados-Unidos es una calamidad universal, porque dificulta el cultivo del algodón y casi anula la exportacion de esta primera materia, que alimenta la mayor parte de la industria moderna. Que cerrados al comercio los puertos de la Union, las naciones industriales, por conjurar la crisis que amagaba, y los mismos Gobiernos, temerosos de que se alterase el orden público, ó de que llegase á carecer de pan una inmensa multitud de obreros, se lanzaron á los mares en busca de algodón é hicieron compras considerables en las regiones extremas del Oriente, lo cual ha venido á disminuir la cantidad de numerario circulante en Europa, porque el dinero que allí va no vuelve como volvía el de los Estados-Unidos. Que la exageracion del espíritu industrial y mercantil no es tampoco ajena á la crisis metálica, porque como el trabajo no es siempre sinónimo de produccion, sucede algunas veces que por error de cálculo ó mala direccion de los negocios, trabajando se destruye la riqueza. Que la formacion de sociedades y compañías poderosas es un bien si responden prudentemente á las verdaderas necesidades del país y se ajustan á las circunstancias del mercado; pero que cuando una ciega y codiciosa especulacion se apodera de este peligroso resorte, tarde ó temprano da muestra de su flaqueza, no resistiendo á la borrasca que se desencadena, sino con maniobras subterrá-

neas que inspiran al cabo mayor desconfianza á los capitalistas y á todos los que padecen ó temen padecer algun menoscabo en sus intereses. Que tampoco está exento de culpa en la crisis actual el abuso del crédito, pues con tanto papel como circula en los mercados de Europa, andan todos los valores por el aire, y es fácil dar con ellos en tierra. Que si es bien que los billetes de Banco suplan las funciones de la moneda, tambien es indispensable que puedan trocarse por oro ó plata á voluntad del portador, porque de lo contrario degeneran en moneda falsa que abrasa la mano de quien la toca, y todo el mundo procura echarla de sí guardando la legítima y verdadera. Que mientras el papel abunde con exceso en la plaza, los metales preciosos no saldrán de su rincon, y la falta que de ellos se experimenta se agravará con la retirada del oro que existe escondido, añadiéndose así al mal real con la aprension de imaginarios peligros, como sucede en tiempos de hambre, cuando á la escasez se agregan los horrores del pánico. Que los Bancos más sólidamente cimentados, recelosos de que sus reservas metálicas se disminuyan, hasta el punto de producir serios conflictos, suben de día en día el premio del descuento: así la carestía de los capitales entorpece el curso de los negocios, las empresas aventureras se ven amenazadas de pronta ruina, y muchas casas particulares quiebran ó luchan con desesperacion por no rendirse á la bancarrota. Cita el ejemplo del Brasil, donde las cosas llegaron á tal extremo, que el Gobierno tuvo que decretar el curso forzoso de los billetes del Banco Nacional, y autorizar la suspension de pagos de los Bancos particulares por espacio de dos meses. Que los Bancos únicos y privilegiados ejercen un imperio absoluto sobre el crédito, pues cuando descuentan las mejores firmas al 8 por 100 en vez del 5 ó 6, disminuyen considerablemente la fortuna pública y paralizan el curso de los negocios mejor combinados. Que así la subida del descuento es causa general de carestía, pero no obstáculo á la extraccion del numerario. Que la crisis perjudica á la industria y al comercio, y alcanzará con su azote á todos los consumidores; pero el Banco, poderoso dispensador del crédito, sin competencia que

limite su arbitrio, saldará sus cuentas al fin del año y repartirá un dividendo extraordinario á los accionistas; y si hace esfuerzos por conjurar la crisis comprando pastas ó buscando especies de oro y plata en los mercados extranjeros, será porque haya dado más ensanche á la emision de sus billetes que el que aconseja la prudencia, ó porque tema por sí, mas no por la industria y el comercio, que nada tendrán que agradecer á su interesada y lucrativa tutela.

El **Sr. Pastor** dijo: que la crisis monetaria entrañaba cuestiones de suma gravedad y trascendencia, como que era por sí sola obstáculo á la produccion, rémora del comercio, paralización en el movimiento de los capitales, subida en los precios de los artículos de general consumo, alteracion presente en los cambios, y causa de una perturbacion universal que afecta á la paz y seguridad de los Estados. Examinando las causas de la crisis presente, expuso cómo se alejaba la moneda de la circulacion en los tiempos antiguos y en los modernos, haciendo notar la diferencia que había entre unos y otros en el órden económico. Indicó que en la sociedad antigua no solían los gastos ordinarios de la vida absorber los ingresos de la misma especie; quedando así en las familias un remanente, que procuraban atesorar para trasmitirlo de unos á otros, con tal carácter de permanencia, que hasta las alhajas, los muebles y aún los vestidos, se legaban de un modo especial. Que si existía el lujo, tambien se procuró muchas veces reprimirlo, ya con leyes suntuarias, ya con el ejemplo de altos personajes, como el de Isabel la Católica, que se gloriaba de que su marido no hubiese usado otras camisas que las que ella había hilado y cosido por sus manos. Que desde entónces ha cambiado mucho el sistema económico de la vida, pues aquella sociedad vivía del ahorro y nosotros de lo presente y de lo futuro: el niño y el pobre colocan su patrimonio en la caja de ahorros, y los demás en fondos públicos. Que en la antigüedad había frecuentes crisis por falta de subsistencias, y las de hoy son casi todas monetarias, porque se cuenta generalmente con la renta que se ha de percibir y se invierte todo lo que se produce. Que así cuando falta el

equilibrio entre los productos y los consumos, ó entre unos y otros y el signo que sirve de instrumento á los cambios, no habiendo reservas á que acudir, se trastorna toda la máquina. Que el oro es á la vez mercancía y moneda absoluta ó relativa. Que como mercancía sigue la condicion de las demás de su clase, aunque con la diferencia de que estas sienten inmediatamente cualquier cambio en la proporcion, y el oro y la plata lo sienten con más lentitud, como ha sucedido á esta última en el espacio de los tres últimos siglos. Enumera en su consecuencia tres causas de las crisis: 1.^a, el señalamiento de una relacion permanente entre el oro y la plata, pues cuando ésta se altera de hecho, con el transcurso del tiempo se esconde ó huye el metal ménos favorecido; 2.^a, el déficit de los presupuestos de la mayor parte de los Estados, que se salda generalmente con nuevos empréstitos; y 3.^a, el monopolio de los Bancos. Explicando detenidamente cómo obra cada una de estas causas, critica la última reforma del Banco de Inglaterra, propuesta por Sir Roberto Peel; impugna el error de los que creen que el papel de Banco sea dinero, y expone la historia de estos establecimientos de crédito, refiriendo cómo extendieron sus operaciones hasta venir á parar á los billetes y á los abusos de que han sido objeto. Censura como ineficaces y caprichosas las proporciones fijadas generalmente entre las emisiones y los depósitos que las garantizan. Dice que disponiendo los Bancos del dinero que reciben por cuentas corrientes, bajan el tipo del descuento, ensanchan la esfera de sus negocios, y empieza un periodo de prosperidad aparente, que suele cesar en breve, sobre todo si acontecimientos desfavorables obligan á los imponentes á retirar sus capitales. Tambien contribuye en su concepto á exacerbar las crisis el exceso del lujo, sobre todo del que consiste en mercancías extranjeras, que es forzoso pagar en numerario. Por último, concluye el Sr. Pastor manifestando que las crisis no serían tan frecuentes si hubiera libertad de Bancos. Recuerda con este motivo que casi todos los Bancos únicos han quebrado: que hasta el de Inglaterra ha suspendido sus pagos tres ó cuatro veces, y que el de San Carlos y el de

San Fernando tambien hicieron bancarrota. Despues de haber dado extensos detalles de la historia y vicisitudes del Banco de Inglaterra, añadió que la crisis actual proviene principalmente de la guerra de los Estados- Unidos que ocasiona en Europa una falta considerable de primeras materias indispensables para la industria. Que en su concepto, aún sin la extraccion que había tenido la plata, se habría verificado la segunda. Que ésta en España no tiene los mismos caracteres que en la Gran Bretaña. Recuerda con tal motivo los principales sucesos económicos de los últimos años, como la desamortizacion de 1855, la ley de sociedades de crédito de 1856, la aplicacion á obras públicas de una gran cantidad de millones, en vez de pagar la deuda flotante y cubrir el déficit, los capitales acumulados en la Caja de Depósitos y en el Banco de España, y supone que todo esto ha producido un desnivel de valores difícil de remediar y que si el Gobierno se empeña en hacerlo, agravaría el daño. Concluye por último, manifestando que no debe exagerarse ni negarse la importancia del crédito; que éste no crea valores, pero acelera la circulacion aumentando la produccion y el consumo. Que el billete tampoco crea valor alguno, sino que representa los ya creados, y que las crisis sólo pueden evitarse no figurando valores artificiales y dejando libre la contratacion.

El **Sr. Colmeiro**, impugnando las opiniones del Sr. Pastor, dijo: que el carácter principal de la crisis actual es el desnivel que pone de manifiesto en la moneda, el cual no se hacía tan sensible en épocas remotas, como ha dicho el Sr. Pastor, porque el dinero estaba atesorado y se hacía una vida en extremo económica. Que comparado el mal presente con el pasado, si no es más intenso es más extenso; porque sin estar los pueblos á cubierto de los horrores del hambre y la miseria, alcanza á todos, ricos y pobres, puesto que todos padecen necesidad al sentirse una violenta perturbacion económica que afecta á toda clase de valores, obliga á vivir de los ahorros y embaraza la produccion general paralizando el curso de la agricultura, de la industria y del comercio. Contradijo la opinion de que la

libertad del crédito evitara las crisis, creyendo por el contrario que con ella se daría lugar al abuso, sobre todo en España, donde faltan por lo comun hábitos de prudencia y economía; de modo que mientras esta educacion mercantil no se arraigue y propague, es preciso resignarse á cierto grado de tutela del Estado, que no debe destruir toda libertad sino restringirla con el derecho de inspeccion y vigilancia reservado á la autoridad. Convino en que la extraccion de la plata ha contribuido á la crisis, así como en que el comercio de Europa con Asia la ha ayudado tambien, segun manifestó al empezar este debate. El Banco de España es en su concepto una compañía monopolizadora del crédito en la plaza de Madrid, pero combatió la idea de que la crisis dimanase de él.

El Sr. **Figuerola** dijo: que el Sr. Pastor, al asegurar que la crisis provenía de la extraccion de la moneda, del sistema de vida de los pueblos modernos, de las necesidades de los Gobiernos y del monopolio de los Bancos, había exagerado un tanto las causas de este fenómeno. Que el Sr. Colmeiro había tambien señalado algunas de estas causas, pero que ni uno ni otro habían indicado la influencia que había tenido en la crisis el aumento de la poblacion. Que á medida que hay más habitantes se distribuye más el numerario y es preciso que se aumente el que haya en circulacion. Que el atraso de los pueblos de Oriente, que ocasiona la extraccion de nuestra moneda á aquellas regiones, duraría aún mucho tiempo. Que la moneda en los pueblos sin cultura es absolutamente inútil; pero que en los pueblos que se hallan en su primer período de civilizacion, es indispensable y en cantidad no escasa, así como despues que adelanta más la cultura, se vuelve á hacer la moneda innecesaria, porque otros valores vienen á suplirla. Que por eso en Madrid hace falta relativamente más numerario que en París y en París más que en Lóndres, donde sin embargo las transacciones mercantiles son mucho más importantes. Que la extraccion del oro y de la plata depende en parte de la desproporcion entre el valor de ambos metales, y que para evitarla convenia que uno solo de ellos se emplease como moneda, si bien

esto no sería posible, porque la explotación minera obedece á otras leyes que no son las económicas.

Añadió que las crisis, léjos de ser un fenómeno propio de nuestros tiempos, han existido siempre, refiriendo á este propósito algunas de las que ocurrieron desde la Era cristiana, por el desnivel entre la ley del oro y la de los otros metales, dando esto lugar á la creacion de monedas imaginarias y á las de baja ley y á que la acuñacion del numerario viniese á ser una de las prerrogativas del poder supremo. Refirió entre otras la crisis ocurrida despues del descubrimiento de la América, cuyas minas produjeron una perturbacion gravísima en el valor del oro y de la plata: la que tuvo lugar despues que perdió España aquellos dominios: la de la guerra civil y la de los duros españoles, originada por la desproporcion de nuestra moneda y la francesa. Opina que el oro ha neutralizado en parte los efectos de la crisis producida por el comercio con el Oriente, porque en aquellos países se aprecia más la plata que el oro, y cuando la primera llega á escasear, el segundo la reemplaza en los cambios. No cree, como el Sr. Pastor, que el Banco de España monopolice absolutamente el crédito, por cuanto se han establecido otras sociedades que emiten pagarés á noventa y más dias con el efecto de billetes al portador, y en las provincias hay Bancos tambien con iguales facultades que el de España; pero sí que lo que compromete la situacion de este establecimiento son sus relaciones con el Gobierno, pues se ve en la necesidad de suministrarle sumas cuantiosas, de las cuales no puede reintegrarse á los noventa días, segun exigen sus estatutos. Tampoco cree que los empréstitos de los Gobiernos produzcan las crisis monetarias, pues se ha visto que por el contrario son ellos los que algunas veces atraen á los mercados el numerario que necesitan. Defiende la institucion de la Caja de Depósitos, y se muestra por último partidario de la libertad de bancos, aunque censurando la conducta de algunas sociedades de crédito que han traspasado los límites de su instituto.

El **Sr. Pastor**, insistiendo otra vez sobre las causas de la crisis, manifestó que ni opina como los enemigos del crédito,

cuando afirman que éste no crea valores y produce las crisis, ni juzga tampoco como sus partidarios, que exageran su importancia, que produce valores verdaderos; pero sí cree que con el crédito se acelera la circulacion y se aumentan la produccion y el consumo. Añade que los presupuestos en déficit obligan á levantar fondos, que suelen retirarse de las empresas útiles, y esto sí es causa frecuente de las crisis. Examina la influencia que en la actual ha podido tener la Caja de Depósitos, la cual no es una institucion utilisima, sino cuando el interés que paga es inferior al ordinario y cuando está siempre dispuesta á satisfacer lo que deba. Refiere con este motivo las providencias que dictó como ministro para la reforma de este establecimiento en España, las cuales, si hubieran tenido cumplido efecto, se hubieran evitado muchos de los inconvenientes que hoy se temen. Concluye insistiendo en que el Banco de España ha dado lugar á la crisis y que la falta de numerario y su extraccion al extranjero depende del lujo excesivo y de nuestra aficion á lo que de otro país nos viene.

El **Sr. Figuerola**, rectificando, dijo: que si bien ha contribuido á la crisis el estado del Banco de España, entiende que el abuso del crédito puede originar la crisis comercial, pero no la monetaria. Que la Caja de Depósitos es una buena institucion, pero que se la ha forzado, y esta es la causa del mal, y por último, que como el Banco de España no ejerce algun monopolio sino en Madrid, no puede atribuírsele el ser causa de una crisis que se extiende á todas las provincias.

El **Sr. Colmeiro**, después de insistir en las que había señalado como causas de la crisis, impugna la libertad de Bancos sostenida por el Sr. Pastor, manifestando que si la ciencia económica la aconseja, el arte de gobernar, que suele ser cosa distinta, enseña los inconvenientes que ofrecería hoy en España. Añade que mientras no guarden la proporcion conveniente el valor que encierran los metales preciosos y el del papel ó signo que lo representa, habrá crisis. Que si cuando falta moneda se aumenta la cantidad de papel, en vez de disminuirla, se hace más palpable el desnivel que ántes existía entre uno

y otra, cayendo el papel en desprecio. Que la facilidad de establecer sociedades de crédito y Bancos y la poca vigilancia del Gobierno en ellos es causa de exceso de crédito y de crisis. Que en España sería la libertad de Bancos una calamidad, porque los pueblos no tienen el hábito ni la educación mercantil que requiere, y que tampoco es el interés personal garantía suficiente de las sociedades de crédito y de los Bancos.

El **Sr. Lafuente** (D. Modesto) manifestó deseo de que se ampliase esta discusión á los remedios que pueden oponerse á las crisis.

El **Sr. Colmeiro** contestó que no cree que la economía política tenga muchos medios para combatirlas, aunque sí los tiene para precaverlas.

El **Sr. Lafuente** repuso, que si la economía política no tiene aquellos medios, se debía ir á buscarlos á la ciencia administrativa, y lamentó á su vez la facilidad con que se concedía el establecimiento de sociedades de crédito.

El **Sr. Colmeiro** contesta, que así como cuando Felipe III consultó al Consejo sobre el remedio de los males públicos, aquella sabia corporación indicó los medios de precaverlos, más que de remediarlos, aconsejando, entre otras cosas, que se detuviera la mano en la fundación de conventos, así la economía política aconseja hoy que no se creen con tanta facilidad las sociedades de crédito.

El **Sr. Cárdenas**, limitándose á tratar este último punto, manifestó que la Administración entendía generalmente mal la ley de sociedades por acciones, pues había llegado á creer que no podía negar su creación cuando las que se proyectaban reunían las condiciones legales externas. Añadió que la ley, al mandar que fuesen oídas ciertas corporaciones y autoridades para autorizar el establecimiento de ciertas compañías, no ha impuesto al Gobierno la obligación de concederlo, siempre que tales informes fuesen favorables á ellas. Que en cuanto á la pluralidad de Bancos, el sistema recientemente establecido en España era el peor posible, pues reunía todo lo peor de los dos conocidos, tomando del de monopolio la inspección del Go-

bierno y del de libertad la insuficiencia de esta inspeccion; de modo que por un lado se alimenta la confianza del público con apariencias de una inspeccion severa y por otro resulta esta inspeccion insuficiente y aquella confianza infundada. Así, ni se alejan los inconvenientes de la libertad, que tantos engaños ocasiona, ni los de la restriccion, porque la garantía que simula no es efectiva. Añade que, en su concepto, no hay remedio radical para la crisis, ni se precaverán otras más graves, mientras no se corrijan las leyes de 1856.

El **Sr. Lafuente** cree que aún cuando sea difícil el remedio, no debemos abandonarnos á la Providencia. Conviene con el Sr. Cárdenas en que el Gobierno no ha entendido bien la ley del 56 de sociedades por acciones, sobre la cual había llamado su atencion más de una vez el Consejo de Estado. También convino en que la vigilancia sobre estas sociedades era insuficiente y á veces nula.

El **Sr. Figuerola**, conviniendo en que la economía política previene y no remedia las crisis, defiende contra el Sr. Colmeiro y el Sr. Cárdenas la libertad de Bancos y la ley de 1856, que organizó el de España. Añade que esta ley se hizo para evitar los inconvenientes de la del año 49. Hace notar la incongruencia que, á su parecer, existe en permitir á la persona física lo que se prohíbe á la jurídica, que es precisamente lo que sucede, cuando se limita el crédito de esta clase de personas, restringiéndoles la facultad de emitir valores y se permite usarlo sin limitacion á sus mismos individuos y á los particulares cuando obran individualmente. Manifestó que el Estado debe promover el establecimiento de las sociedades de crédito y limitar su intervencion á impedir los abusos que puedan cometer, pero no incapacitarlas para ejecutar todo aquello que es lícito á los individuos. Refiere varios hechos en comprobacion de las ventajas que ofrece al comercio la emision de billetes de crédito privado, cuyo uso no está permitido á las compañías. Añade que estos documentos expedidos por los particulares no tienen limitacion alguna referente al capital del expedicionario; pueden ser impresos y revestir las formalidades que aquéllos crean

oportunas, y si carecen de efectos mercantiles, no por eso dejan de producir los civiles, robustecidos principalmente con el crédito que goce la firma que los autoriza. Sostiene que debería concederse á las sociedades de crédito la facultad de usar estos medios de crédito concedidos á los particulares: que el monopolio de los Bancos será una de las mayores calamidades que pueden sobrevenir, y que si ahora no hay remedio eficaz para la crisis, hubiera podido ser conjurada en un principio, poniendo en circulacion billetes de un duro, hasta que cesaran las causas de la escasez metálica.

El Sr. Cárdenas, rectificando, dijo: que el sistema de crédito que ha prevalecido en España, sin participar de los beneficios del de libertad, ni del de restriccion, adolece como sistema mixto, de los inconvenientes de uno y otro. Insistió en la ineficacia de la intervencion del Gobierno en las sociedades anónimas. Haciéndose cargo de la opinion del Sr. Figuerola sobre la libertad que deben gozar las personas jurídicas, igual á la de las personas naturales, manifestó las diferencias que existen entre unas y otras personas. Que las primeras soportan una responsabilidad limitada, en la que cada socio arriesga solamente una pequeña parte de su capital, sin quedar obligados los demás bienes que posea, cualesquiera que sean las responsabilidades colectivas en que incurran, y sobre las segundas pesa la responsabilidad absoluta é ilimitada de todos sus actos y de todos sus haberes presentes y futuros. Que las personas naturales suelen tener por norma y por correctivo el interés individual, al paso que las jurídicas no obran bajo la influencia de este interés. Que si al individuo se permite lo que se niega á las corporaciones, es porque la responsabilidad de aquél es mucho más extensa y eficaz que la de éstas. Que la ley, restringiendo las facultades de tales corporaciones, tiende á suplir la falta del interés individual, que no existe en ellas como en las personas naturales. Que si éstas pueden abusar de su crédito, el abuso es más ocasionado en las compañías, que lanzándose á especulaciones aventuradas sus individuos no arriesgan toda su fortuna como la comprometerían si no obraran colecti-

vamente. Concluye manifestándose adversario de la libertad de Bancos en el estado actual de España, porque, en su concepto, léjos de conseguirse con ella aminorar los efectos de la crisis, se habrían aumentado considerablemente.

El **Sr. Figuerola** impugnó la teoría del Sr. Cárdenas sobre las personas jurídicas, porque siguiendo á Savigny, distingue dos clases de estas personas, á saber: las que tienen por objeto proporcionar un beneficio público y las que procuran su propia utilidad. Que éstas deben poder hacer todas las operaciones lícitas al individuo, así como las otras deben estar sujetas á la fiscalización del Gobierno, y áun depender de él, en cuanto á su existencia, puesto que al Estado es al que corresponde apreciar en definitiva las necesidades públicas y los medios más justos y adecuados de satisfacerlas.

El **Sr. Colmeiro** dijo: que el debate se había desnaturalizado en parte, haciéndolo recaer sobre la libertad de Bancos, que sólo debía tocarse como cuestion incidental. Insistió en que hay abuso de crédito y exceso de libertad de Bancos, y que áun cuando como economista, en la esfera especulativa opina por esta libertad, cree que semejante cuestion debe colocarse, como de orden público, en el terreno administrativo y no en el de la economía política. Recordó con este motivo que los señores Wolowski, Rossi, Faucher y otros economistas no ménos notables, opinando en teoría por la libertad de Bancos, no han pretendido realizarla como hombres de Estado prácticos en las cuestiones de Gobierno. Añadió que el interés privado, único agente con el cual se cuenta para vigilar las operaciones de las sociedades libres, no las garantiza de modo alguno, pues ya es indiscreto, ya se deja arrastrar ciegamente por el deseo de lucro, ó ya carece de la prevision y del conocimiento que exigen los negocios.

El **Sr. Pastor**, haciéndose cargo de la doctrina del señor Cárdenas sobre las personas jurídicas, y reconociendo que carecían de interés individual y de responsabilidad ilimitada, cree que el Gobierno debe únicamente examinar si al tiempo de constituirse los sociedades llenan las condiciones adecuadas

para responder de su gestion, y que una vez hecho esto, su intervencion en ellas debe cesar del todo. Por el mismo motivo no cree insuficiente la legislacion actual sobre sociedades por acciones. Censura los trámites establecidos por la ley de 1848 para la creacion de estas sociedades. Insiste en que la libertad de Bancos hubiera contribuido á evitar la crisis, y concluye conviniendo en que la economía política no tiene medios para conjurarla.

El **Sr. Colmeiro** cierra el debate haciendo algunas observaciones sobre la aplicacion de la economía política á las cuestiones prácticas de gobierno.

Separata número 345. D.

Publicaciones de la Real Academia
de Ciencias Morales y Políticas

para responder de su gestión, y que una vez hecho esto, su intervención en ellas debe cesar del todo. Por el mismo motivo no cree insuficiente la legislación actual sobre sociedades por acciones. Censura los trámites establecidos por la ley de 1848 para la creación de estas sociedades. Insiste en que la libertad de Bancos hubiera contribuido á evitar la crisis, y concluye conviniendo en que la economía política no tiene medios para conjurarla.

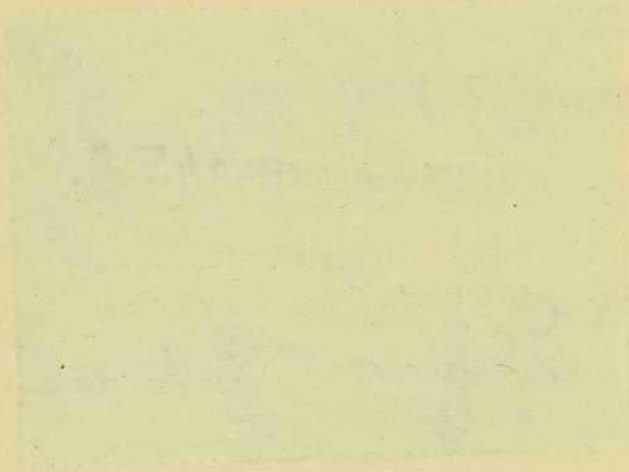
El Sr. Colmeiro cierra el debate haciendo algunas observaciones sobre la aplicación de la economía política á las cuestiones prácticas de gobierno.

Separata número 345.D.

Publicaciones de la Real Academia
de Ciencias Morales y Políticas

TESIS

DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS



DISCURSOS

DE RECEPCIÓN DEL

EXCMO. SR. D. EUGENIO MONTERO RÍOS

Y DE CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. LAUREANO FIGUEROLA

Leídos en la Junta pública de 26 de Junio de 1887.

TESIS

El crédito agrícola.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. EUGENIO MONTERO RÍOS

I

SEÑORES:

Después de largo tiempo en que circunstancias que tan frecuentemente, en la vida azarosa que llevamos en este siglo, se han impuesto á mi voluntad para privarme de lo que hubiera sido á mi espíritu más grato, vengo hoy á recoger de vuestras manos la honra altísima que me concedisteis permitiéndome tomar asiento entre vosotros y en este lugar, donde resuena aún la voz de ilustres sabios, honra de esta Nación, á quien tanto debe el progreso del espíritu humano, y donde se reúnen hombres eminentes que por su saber están predestinados á continuar gloriosas tradiciones de nuestra patria. Y al encontrarme entre vosotros, debo confesaros que oprimen mi espíritu con inmensa pesadumbre consideraciones que sellarían mis labios de puro respeto, si á otra cosa no me obligaran los estatutos de esta sabia Corporación. Es la primera lo alto de la merced concedida, á la que no se atrevió á llegar nunca mi ambición. Es la segunda el recuerdo del ilustre Académico cuyo sitio me habéis reservado, y con cuyo puesto me honrasteis, como si yo pudiese en

parte alguna, pero menos en esta docta Academia, sustituir al esclarecido patricio D. Alejandro Oliván, cuya claridad de talento, riqueza de fantasía y rara laboriosidad se revelaron desde los primeros años de su vida; pues lo mismo cuando dedicó sus especialísimas aptitudes á la noble carrera de las armas en el Cuerpo de Artillería, que cuando las consagró á los estudios periodísticos y literarios, que cuando las puso al servicio de la Administración pública, D. Alejandro Oliván alcanzó esa nombradía reservada á los que por la especialidad de sus méritos se elevan siempre sobre el nivel común á las gentes que los rodean, y en cuyo consorcio viven.

Como hombre de ciencia, en el Ateneo Científico-Literario y en la Academia Española; y como hombre político, en la Subsecretaría del Ministerio de la Gobernación, que ocupó el año de 1836, siendo Ministro de aquel departamento el primer Duque de Rivas, y en el Ministerio de Marina, cuyo alto cargo desempeñó en 1847, dejó notables pruebas de su valioso caudal de conocimientos, y ejemplos dignos de ser imitados por cuantos dedican sus aptitudes á las luchas sociales y políticas.

En el Congreso de los Diputados todos recuerdan al correcto é intencionado orador y al castizo escritor, tantas veces comisionado para redactar el Mensaje en contestación al discurso de la Corona; por esto, sin duda, y aludiendo á su peculiar estilo, dijo el conocido literato D. Carlos Coello: "Oliván es el hablista rival de Cervantes y de Moratín."

Son muchos y muy notables sus timbres literarios, obtenidos todos en el difícil palenque de la controversia y en los centros más doctos de la Corte. Secretario de la Sociedad Económica Matritense en su juventud, Presidente del Ateneo en la edad madura, Académico

de la Española y de la de San Fernando por los años de 1845, é ilustre miembro de esta Corporación más tarde, en todas partes dejó pruebas más que suficientes para demostrar que era digno de llegar adonde no se llega más que después de concienzudos estudios, cultivados con el provecho reservado á los grandes y elevados talentos. No fué únicamente hombre de ciencia y de política, sino también de administración; detalle digno de tenerse en cuenta en países en que la generalidad carece del principal estímulo que pudiera tener para consagrar seria y concienzudamente sus vigilias á tan improbas é ingratas tareas.

Fué Vicepresidente de la Junta de Estadística cuando se llevaron á cabo los dos primeros censos de población y dieron principio los trabajos catastrales de España; presidió el Consejo Superior de Agricultura, Industria y Comercio, el Consejo de Instrucción pública, la Junta Consultiva de Monedas y la Comisión permanente de pesas y medidas.

En el seno de todas estas ilustradas Corporaciones evidenció que su perseverancia en el trabajo era pasmosa, y sólo igualaba á la variadísima cultura de su espíritu. Sus publicaciones son de tan diversa índole como los altos cargos que desempeñó. En la *Aritmética*, obra útil que publicó bajo el anagrama de A. Linova, en su *Manual de Economía política*, en el *Manual completo de lectura*, en la *Cartilla agraria* y en el *Manual de agricultura*, premiado en público concurso en el año de 1849 y declarado de texto obligatorio, D. Alejandro Oliván ha legado á la posteridad raudales de útiles conocimientos.

La modestia del Sr. Oliván y las líneas de su carácter se revelan y se reflejan en uno de esos actos que ennoblecen al hombre que los realiza, y que por esto juzgo oportuno consignar.

Cuando, concluído que fué el censo de población de 1857, quiso el Gobierno de S. M. premiar sus servicios concediéndole un título nobiliario, lo rehusó diciendo:

“Es inútil; yo no he de firmar nunca más que con mi apellido.”

Tenía razón: cuesta tanto trabajo adquirir un nombre que se traduce en honradez, ilustración y gloria, que el sér afortunado que llegue á conseguir tal tesoro, jamás debe abandonarlo por otro noble y digno, sin duda, pero en el que parece resaltar más bien el acto de la magnanimidad ó grandeza ajenas, que el efecto del propio mérito.

¿Cómo honrar su memoria? ¿Cómo demostraros cuánto venero su recuerdo? Yo soy impotente para levantar el monumento literario de que es digno. Sólo me cabe, y es lo que me propongo hacer en esta solemnidad académica, consagrar mi pobre entendimiento al estudio de un asunto de vital interés para la agricultura, que mereció sus preferencias.

Voy, pues, á ocuparme del Crédito agrícola, cuyos problemas en el orden económico, y especialmente en el jurídico, no han merecido aún en España de nuestros sabios toda la atención que demanda su importancia; pero que bajo el aspecto de la beneficencia popular, hace largo tiempo que fueron objeto de los cuidadores de los Poderes públicos.

Cerca de tres siglos hace, efectivamente, que instituciones de crédito agrícola vienen ofreciendo sus salubres beneficios á las clases labradoras, porque no otra cosa que verdaderos establecimientos de este crédito eran aquellos repuestos de granos establecidos en las regiones más agrícolas de España, y de los cuales, si algunos no tenían otro fin que proveer á la alimentación pública, orillando del modo que entonces se ocurría como el mejor, las crisis, que menudeaban, de

subsistencias, los más fueron y aun son verdaderos, aunque imperfectos, establecimientos de crédito agrícola, destinados al préstamo de granos á los labradores para subvenir á las necesidades del cultivo. Reyes, pueblos, Corporaciones y particulares, á impulsos de la caridad y del amor al bien público, habían ido cubriendo el suelo de aquellas provincias en que predominaba el cultivo cereal y donde la exuberancia frecuente de las cosechas provocaba la idea del ahorro, de establecimientos de esta clase con el nombre de Pósitos Reales y Píos, en términos de ascender su número á más de 12.000, según noticias oficiales, antes de que cerrase el siglo XVI, en que tuvieran su origen. Pero la codicia del hombre es la sombra que siempre se observa en el cuadro de sus virtudes; y estos almacenes de granos, por su organización, fueron un constante estímulo para el abuso.

Así, no es de extrañar que, casi desde sus primeros días, no hubiesen faltado regidores poco escrupulosos y administradores infieles que convirtieran en materia de sus explotaciones ilícitas el ahorro de los ricos destinado á ser el patrimonio de los pobres.

La Novísima Recopilación registra numerosas leyes que allí subsisten para demostrar hoy que el cáncer de la corrupción administrativa no es fruto peculiar á nuestro siglo, ni repugnante secuela de la organización actual de los servicios públicos. El abuso fué progresando á la sombra de los accidentes de nuestra tempestuosa historia, hasta el punto de que los 12.000 Pósitos del siglo XVI habían quedado reducidos á 3.410 en 1850, y aun éstos agobiados por el bagaje de créditos que por incobrables hubo que condonar; habiendo perdido aquellos establecimientos en el penoso viaje de su difícil existencia más de mil millones de reales.

II

Cuando la Administración dirigió á ellos su mirada para poner coto á tantas negligencias y á dilapidaciones tan odiosas, no pudo menos de preguntarse si el régimen de los Pósitos no entrañaba graves defectos orgánicos, y si el sistema á que obedecía de dispensar el crédito en especie no reducía innecesariamente sus beneficios, dejando al descubierto las principales necesidades de la agricultura, entre las cuales la de la semilla ocupa lugar frecuentemente secundario. Surgió entonces la idea, aún no bien definida, de los Bancos agrícolas, en los que unos querían que se transformasen los Pósitos, al paso que deseaban otros que, continuando éstos, se crearan los Bancos con elementos diferentes y con otros fines que los de beneficencia que informaban muchos de aquéllos. Y hasta se dió el caso de que el Gobierno publicase en 1841 unas bases para el establecimiento en las capitales de provincia y pueblos importantes de la Monarquía de *Bancos de socorros ó de labradores*, que habían de formarse por suscripciones de particulares y Corporaciones y también con las existencias y bienes de los Pósitos, si los pueblos, oportunamente excitados por los Jefes políticos, á esta transformación prestasen su asentimiento; concediéndose á los nuevos establecimientos, para el mejor éxito de sus operaciones y para que sirviesen de estímulo, gracias y franquicias como las de eximirles del pago de toda contribución por su capital en acciones. Ni el país respondió al llamamiento, ni aquel Gobierno, ni los que inmediatamente le sucedieron, se sabe que insistieran en tan patrióticas excitaciones.

Los estudios que se ordenó á poco tiempo hacer sobre reforma del sistema hipotecario para el establecimiento del crédito territorial volvieron otra vez á poner, aunque estérilmente, sobre el tapete la cuestión de Bancos agrícolas; confundidos en las regiones oficiales y aun en el concepto público con los Bancos territoriales, sin duda por una apreciación inexacta del fin de los unos y de los otros, y debido esto también á una confianza desmedida en la trascendencia de las instituciones hipotecarias, que principalmente (y ojalá que pudiera decirse que únicamente) están consagradas á aliviar la propiedad territorial y á mejorar las condiciones económicas de la deuda hipotecaria.

Las facultades á los pueblos concedidas por las leyes desamortizadoras de 1855 para aplicar el 80 por 100 del importe de la venta de los bienes de propios á la dotación de Bancos agrícolas ó territoriales, y los abusos que los pueblos hicieron de una autorización transitoria otorgada en 27 de Noviembre de 1868 para invertir su caudal de Propios en préstamos á labradores necesitados, obligaron al Gobierno á adoptar en 10 de Agosto de 1874 providencias severas sobre el caso, y le indujeron á prometer la redacción de un proyecto de Bancos agrícolas que habrían de fundarse, buscando su capital en el producto en venta de los de Propios y en el de los Pósitos. Lo difícil de las circunstancias, poco á propósito para un estudio maduro de la materia, disculpa que se ofreciese entonces más de lo que se podía y aun convenía cumplir.

Restablecida la calma en toda la Nación, y terminadas sus crueles guerras civiles, que perturbaron el desarrollo normal de la riqueza y detuvieron los progresos del crédito, se dispuso por el Ministerio de Fomento, en 17 de Enero de 1881, abrir una amplia información que diera á conocer las opiniones más impor-

tantes sobre problemas de tanta trascendencia, y que por este medio procurase los datos necesarios para el establecimiento del crédito agrícola en España. Circulóse para ello un nutrido interrogatorio, que no se concretaba á la cuestión, en cierto modo empírica, de los Bancos agrícolas, sino que abarcaba en su generalidad gran parte de las que en otras naciones preocupan y se discuten como formando parte del escabroso y por ahora no definitivamente resuelto problema del crédito agrícola.

La información, como frecuentemente sucede en las investigaciones de esta clase, no produjo todos los resultados para cuya obtención se había ordenado, pero aunque en corto número, dió ocasión á algunos trabajos interesantes y valiosas memorias.

Entre otras, y como una de las más notables, es de justicia citar la de la Sociedad Económica de Amigos del País, de Santiago, cuyo trabajo, que por sí solo es bastante para fundar una envidiable reputación entre los más eminentes economistas de Europa, fué redactado por el socio de aquella patriótica corporación Don Joaquín Díaz de Rábago.

III

Correspondiendo á los fines de aquella información apporto un pobre óbolo al acervo común, teniendo á la vista las valiosas ofrendas con que otros más competentes han contribuido para la solución de este trascendental problema, solución que me cupo el honor de intentar cuando circunstancias superiores á mis exi-

guos merecimientos me llevaron por nombramiento de Su Majestad la Reina Regente á desempeñar el cargo de Ministro de Fomento.

La misión del Estado en asunto que como los mercantiles (y esta es la índole que resalta en los que se refieren al crédito, cualquiera que sea su objeto), sólo por la iniciativa privada pueden ser provechosamente gestionados; debe reducirse á remover obstáculos, allanar dificultades, poner, en fin, expedito y franco el camino por donde pueda desembarazadamente marchar la actividad aislada ó libremente asociada del individuo, sin choques ni rozamientos con otros intereses legítimos y al amparo de una justicia á todos común y para todos igualmente protectora. El tiempo no discurre en vano; y á pesar de los esfuerzos, nunca completamente vencidos, de los que, sin fe en la incontrastable eficacia de la voluntad individual, no ven otra salvación para la causa del progreso que la constante tutela del Estado, el común y general sentido va cada día convenciéndose más y más de que aquél no tiene aptitudes para convertirse en agricultor, industrial ó comerciante; ni conviene por ello que haga competencia á los particulares en la esfera en que éstos desenvuelven sus propias fuerzas, apagando así los estímulos del interés, enervando fecundas energías y fomentando perezosas inercias; ni que, por último, es equitativo invertir el capital que el impuesto exige á todos en provecho sólo de algunos, prestándose para que salven las crisis de su particular fortuna ó para que se invierta en fomentar sus peculiares ganancias. Además de esto, la organización del crédito agrícola es aún problema sobre el que la ciencia no ofrece una solución generalmente aceptada, y no es prudente que el Estado se empeñe en una serie de aventuradas tentativas que pudieran comprometer

gravemente sus intereses, sin compensaciones suficientes en beneficio de las clases agricultoras.

Quédale, sin embargo, ancho campo para ejercer su férvida iniciativa. Ordenar las leyes para que se faciliten los préstamos á la agricultura; quitar trabas creadas por una legislación, venerable por lo secular, pero que descansa en el desconocimiento de los procedimientos modernos del crédito y en la apreciación inexacta de sus necesidades y de sus beneficios; desenvolver, para inspirar confianza al capital, garantías hoy latentes, pero que realmente posee y puede ofrecer la industria agrícola, tan necesitada de su ayuda, es tarea vasta y que tiene que ser, si no ahora, en un próximo porvenir, elemento obligado de todo progreso en la materia, y base indispensable para la creación de las instituciones fiduciarias de que tanto necesita el cultivo de la tierra.

IV

Es un grave error que ha ofuscado á muchas inteligencias y que ha retrasado soluciones que acaso ya se habrían planteado si se hubieran buscado por más seguros caminos, el de que el Crédito agrícola tenga algo de esencialmente especial que lo separe por su naturaleza de otros linajes de crédito; demandando, por esto, para él una organización también esencialmente diversa de la que á aquéllos debe aplicarse.

La naturaleza del crédito es siempre idéntica, sea cualquiera la persona á quien se otorgue y el fin especial á que se aplique; y son ciertamente las mismas las leyes económicas que lo rigen, sin que todo el po-

der de los hombres sea bastante para torcer su curso y aumentar ó amenguar su eficacia, y la agricultura no puede exigir razonablemente, cuando la clase que á ella se dedica inspira menos confianza que otras clases productoras, unos privilegios que no bastarían á suplirla.

Mas esto no obsta para que se reconozca que la industria agrícola ofrece, por la índole de sus operaciones y de sus garantías, caracteres diferenciales á que no puede plegarse tan fácilmente el Crédito, como se pliega á los que generalmente ofrecen los efectos de comercio y los productos de otras industrias. Las operaciones del campo no se desenvuelven y terminan y ofrecen sus naturales resultados tan rápidamente como los negocios mercantiles y los de la industria fabril.

La Naturaleza, en la vieja y gastada tierra de Europa, tiene poca prisa en su obra, siempre incierta y contingente; y el labrador necesita varios meses para resarcirse de sus anticipos y recoger el lucro en que cifra su subsistencia. Hay operaciones cuyo capital circulante no se reintegra sino al cabo de varios años. Y no menciono esas otras que tienden á dejar inmobilizada en el suelo, para siempre ó por luenguísimo tiempo, gruesas sumas, porque tales operaciones entran normalmente bajo la jurisdicción y amparo de los institutos de crédito territorial, y caen casi siempre fuera del dominio de los que se consagran al agrario.

Liquidándose á mayor término que el de noventa días, típico del Crédito mercantil, las operaciones agrícolas, resulta aquél, siquiera no en todos los casos, insuficiente plazo para que, aun suponiendo cierta laxitud de las renovaciones de las operaciones fiduciarias, pueda ser utilizado por los agricultores.

Para ocurrir á esta necesidad y llenar el vacío que había en la legislación mercantil anterior, el nuevo

Código de Comercio introdujo y consagró una sección especial para los Bancos y Sociedades agrícolas, estableciendo en ella con levantado propósito y conocimiento de causa que las Compañías que se funden para dedicarse á operaciones de crédito rural, podrán prestar en metálico ó en especie sobre frutos, cosechas, ganados ú otras prendas ó garantías especiales, por el plazo máximo de tres años (art. 212, núm. 1.º); y declarando preferentes estas operaciones, habrán tales Compañías de invertir necesariamente en ellas el 50 por 100 de su capital social, reservando solamente el resto á garantizar pagarés y efectos de propietarios y cultivadores á plazos que no excedan de noventa días y á otras operaciones que tengan por objeto favorecer la roturación y mejora del suelo, la desecación y saneamiento de terrenos y el desarrollo de la agricultura é industrias relacionadas con ella. (Art. 217 y números 2.º y 7.º del 212.)

El molde está abierto y sólo falta que la iniciativa particular, eligiendo la forma mercantil que más conveniente le parezca, venga á fundir en él sus capitales para transformarlos en mejoras agrícolas y en aumento de producción rural; ¿sucederá así? ¿el capital privado concurrirá á este nuevo campo que se abre á su empleo y beneficio?

Fuera de las causas generales que en toda Europa retraen de las transacciones que tienen por objeto la agricultura á aquel capital naturalmente ganoso de interés y necesitado de seguridades que desconfía encontrar en los negocios agrícolas, entiendo que quizás, si se ha de conseguir el fin apetecido, es necesario ampliar y cabe perfeccionar el nuevo molde abierto por el actual Código de Comercio á fin de que no falten poderosos alicientes que, sobreponiéndose á las indicadas repugnancias, atraigan á las empresas agrícolas

las cuantiosas fortunas que andan por doquiera en busca de más lucrativo empleo.

El Código no autoriza expresamente á las Compañías de crédito agrícola como á otras especiales (las generales de crédito, los Bancos de emisión y descuento y los de crédito territorial), para recibir fondos en depósito; antes bien pudiera creerse que las obliga á trabajar exclusivamente con su capital. Su esfera de acción, si se la reduce así, resulta limitada extremadamente, y frustradas sus racionales esperanzas de mayor holgura y desarrollo, pues aunque pudieran acumularse al fondo social los futuros provechos, es lo natural que, cubiertos los gastos de administración y completada la reserva, los accionistas se repartan el resto entre sí como beneficios del capital aportado.

Mas los Bancos son, por la naturaleza de sus funciones, agentes intermediarios entre el público acreedor y el público deudor, canales por donde el capital se precipita sobre el trabajo, personalidades económicas que hacen el comercio del crédito y que lo dan y distribuyen en la proporción en que lo reciben. Se han comparado los Bancos de buena organización económica á bombas que aspiran los capitales dormidos del país para derramarlos en seguida como fecundante lluvia sobre la diversidad de industrias que á su vez explotan y fomentan su riqueza. Los tan celebrados Bancos de Escocia, las Cajas italianas de ahorros que, como si fueran verdaderos Bancos, funcionan, los Bancos populares hoy tan justamente en boga (nótese que todos estos distintos institutos son considerados, donde existen, como hábil y eficacísimo instrumento del crédito agrícola), no deben los beneficios que proporcionan á otra causa más que á la masa considerable de capital formado con las sumas que, por efecto de la confianza que inspiran, depositan en sus arcas

desde las clases más acaudaladas hasta las más humildes y de reducida fortuna. De este modo el capital hasta en sus más pequeñas partículas, se manifiesta como potencia que incesantemente actúa y fertiliza todo elemento de riqueza.

Los depósitos bancarios es sabido que, aun siendo con interés según práctica y conveniencia de los Bancos comunes, pueden constituirse unos por largo tiempo, otros á breve término, y otros (que son los más) sin plazo para el reembolso, con ó sin aviso previo; obligando así al instituto que quiera conservar íntegro su crédito, á inmovilizar una parte de su caja ó siquiera á tener nutrida su cartera de valores de inmediata realización, por temor á contingencias de reintegros que pudieran sobrevenir. De esta situación se derivan consecuencias importantes en orden al crédito rural, atendida la condición de las operaciones agrícolas de liquidación tardía y de conveniente holgado vencimiento. ¿Cómo inmovilizar por plazos algo dilatados, como tienen que serlo las operaciones del crédito de aquella clase, capitales que son ó pueden ser exigidos en más breve término? Los establecimientos de crédito agrícola que no tengan otra mira ni acometan otra clase de operaciones que las que propiamente se designan con tal nombre, ó han de cerrar sus arcas á los depósitos, limitándose sus operaciones á su propio capital y cerrando su porvenir é inhabilitándose para extender su acción benéfica y subvenir á las necesidades de la agricultura del país en que se hallen establecidos, ó bien violentar y hacer inútil el préstamo agrícola, comprimiéndolo dentro de los límites angustiosos del mercantil, ó bien desafiar temeraria y locamente peligros, preparándose á sabiendas una indefectible catástrofe.

Por esto, los que al estudio de tan importantes cues-

tiones se dedican, apreciando las lecciones de una triste experiencia, asientan que para que el crédito se difunda por los campos y satisfaga en incesante progreso las exigencias de la agricultura, es preciso que los institutos fiduciarios agrícolas no se circunscriban á las puras operaciones de fin rural, sino que con ellas entretejan y combinen las mercantiles, que operen sobre efectos á largo y á corto plazo, sobre descuentos, procedimiento normal del crédito comercial, y sobre préstamos, forma casi obligada del agrario; ya para que, aumentando así el número de sus operaciones, se acrezca el de sus utilidades y eleve el de los beneficios que difundan, ya para que puedan mantenerse en pie, no sólo ante los ordinarios eventos, sino también en las crisis imprevistas. ¿Habrá necesidad de recordar que los Bancos de Escocia y los populares de Italia y Alemania, las dos clases de institutos hoy modelo de crédito agrícola, no son instituciones privativas de este crédito? Por eso, respondiendo á este que cupiera elevar á la categoría de dogma económico, los Bancos de esta clase necesitan poder moverse en esfera más dilatada que la estrictamente del crédito agrario, y vivir vida más vigorosa, teniendo para esto el alimento necesario á su actividad y no el insuficiente que en la mayor parte de nuestras regiones tendrían, si sólo se hubieran de mover dentro del círculo de las operaciones rurales.

V

De cualquier manera que esto sea, como la prudencia dicta que los préstamos activos y pasivos se pongan al unísono, y el crédito que los institutos concedan

se modele, en cuanto al plazo, por el que los mismos reciban, de ahí que las operaciones á largo vencimiento que hubieren de acometer, deban en su mayor parte ser cubiertas con capitales propios ó con los que también por largo tiempo se les confíen.

Los procedimientos usuales del crédito pasivo no les bastan, y es fuerza que apelen á más eficaces combinaciones. Y así como el billete de Banco y la cédula hipotecaria han sido y son todavía (pues sería arriesgado asentar que continuarán siéndolo en el porvenir), el medio más eficaz y poderoso con que se difunden y benefician así el mercantil como el territorial, de igual suerte el secreto del agrícola ha de consistir en algún título que movilice y multiplique sus contratos, quizás en obligaciones á término de que ya hoy se sirve en otras naciones, y cuya forma perfeccionada y más idónea se reserva el porvenir. Los Bancos alemanes de anticipos empiezan desde hace pocos años á recoger, con destino al crédito agrario, depósitos á largo vencimiento por medio de obligaciones con interés, amortizables por sorteo en un período de diez á veinte años. Y algunos de los italianos, los de la provincia de Treviso, también recientemente han acometido la importante operación de emitir y colocar bonos agrarios, uniformes, de vencimiento fijo, nominativos y fructíferos, con el único fin de favorecer el desarrollo de la agricultura, que es para ellos el interés que principalmente fomentan por su numerosa clientela de socios labradores. Con la obligación á término vario, cuerdamente emitida cuando el Banco tenga ya asentado su crédito y pueda ser aquélla colocada y negociada sin quebranto sensible, cabrá anticipar capitales sin temores para el establecimiento que los proporcione, y sin recelos para los deudores que los reciban; haciendo las operaciones á plazo cómodo para las nece-

sidades de la producción agrícola, ya bajo la forma de préstamo bancario con garantías personales ó rurales, ya bajo la más beneficiosa para el caso de cuenta corriente al descubierto.

Se impone, pues, como exigencia de la institución, que se le otorgue la facultad de emitir con preciso fin agrícola, obligaciones á término y con interés, siquiera sean exclusivamente nominativas, y esto para cortar rivalidades con otros establecimientos fiduciarios y también porque las obligaciones en esta forma, consideradas como instrumento de ahorro, tienen sus peculiares ventajas. Con esto se subsanará la omisión que se observa en el actual Código de Comercio, que concede la facultad emisora de títulos de créditos á todas las demás Compañías de crédito especial, haciendo caso omiso de esta facultad cuando trata de los Bancos y Sociedades agrícolas.

VI

Acaba de verse que la índole de las operaciones de la agricultura y su lento proceso determinan especiales condiciones en el crédito que necesita para su fomento y desarrollo. Examinaré ahora las que se derivan de la naturaleza de sus garantías. ¿Cuáles son éstas? Aparte de las personales, comunes á todas las industrias y á todas las profesiones de la vida, que se fundan y descansan en la combinación de la moralidad del individuo con sus medios económicos, combinación que ofrece, como producto, su solvencia que es por cierto, por lo exiguo del segundo elemento de la combinación, la cualidad que brilla menos en los que se

dedican al pequeño cultivo; la agricultura posee, ó pudiera poseer garantías reales, así inmuebles como mobiliarias, que le son privativas.

Donde la propiedad y el cultivo corren personalmente unidos, como sucede desde el caso del gran propietario que dirige por sí mismo la vasta explotación agrícola de sus fincas, hasta llegar al del pobre labrador que cultiva en familia el pedazo de tierra, insuficiente por sí solo muchas veces para proveer á su sobria subsistencia (y esta situación abunda en aquellas regiones de la Península en que casi puede calificarse de atomística la subdivisión del suelo cultivable), el labrador tiene, grande ó exigua, una garantía inmueble que poder dar en hipoteca. Pero los Bancos hipotecarios que, por la suavidad de sus condiciones relativas al interés combinado con la lenta amortización del capital prestado, pudieran ser tan beneficiosos á la agricultura, se ven solicitados por los estímulos de su propia conveniencia, excesivamente amparada quizás en defectos de organización, á atender con preferencia las necesidades de la gran propiedad urbana, mejor legalizada, de más seguros y fijos productos, de más fácil realización, y cuyos dueños conocen por regla general mejor que los industriales del campo los procedimientos del crédito. La pequeña propiedad queda fuera de su acción tutelar y, ó tiene que continuar excluída de los beneficios del crédito, ó que contentarse con el común préstamo hipotecario, que, aunque no se solicite de un despiadado usurero, habrá siempre de serle oneroso, ya por los gastos que implica, proporcionados á la cuantía del capital recibido, ya por lo reducido del plazo para su devolución.

Los Bancos hipotecarios aquilatan, además de esto, las seguridades, de su reintegro, hasta el punto de valorar muy por lo bajo todas aquellas fincas cuyos pro-

ductos ofrezcan condiciones especiales de eventualidad ó contingencia, como los viñedos y los olivares, cuando no desprecian por completo determinadas plantaciones, como la de pinares, ó cuando no excluyen del cuadro de garantías aceptables otros inmuebles como en principio los que están proindiviso, ó los en que el usufructo está separado de la mala propiedad, ó los en que no puede acreditar el propietario más que derechos posesorios, ó por último, todos los infructíferos, siquiera puedan y vayan á ser reducidos inmediatamente á cultivo.

El crédito individual inmueble habría seguramente de irse perfeccionando, por la transformación del contrato, hipotecario del Derecho civil, desprendiéndolo de su fórmula tradicional ó rompiendo su resistente corteza, para someterlo á la acción del torrente de la circulación del crédito. Ensayo de estas nuevas formas son los bonos territoriales ó *Grundschildbriefen* del imperio alemán y los más antiguos *Handfesten*, de la ciudad de Brema.

VII

Mas aun, sin llegar á aceptar estos ú otros procedimientos de movilización del suelo, que la ciencia económica persigue como anhelado ideal, los Bancos agrícolas pueden suplir con ventaja, aun respecto á la propiedad territorial, las deficiencias ó inconvenientes de los Bancos hipotecarios. Discute aún la ciencia económica si éstos deben ser establecimientos únicos y centrales, ó si múltiples y locales. Pero apenas habrá nadie que defienda aquella privilegiada constitución como

modo de ser esencial á los Bancos agrícolas. Se concibe que, aunque sean varios, según la diferente organización de la propiedad en cada región, los elementos con que haya que contar para valorar las fincas, y los medios que convenga emplear para investigar sus cargas, se defienda la unidad del Banco hipotecario, porque establecidas las reglas peculiares en cada región para asegurar la mayor certeza de aquellos datos preliminares, ya cabe adoptar un patrón uniforme para las operaciones hipotecarias. Los Bancos agrícolas, si han de cumplir su fin, tienen, por el contrario, que ajustarse á la diversidad infinita de las situaciones rurales, sobre las cuales ejercen poderosamente su influencia variadísimas causas, como los accidentes climatológicos, la posición topográfica de las fincas cultivables, la facilidad ó dificultad de las comunicaciones y la instrucción y los hábitos de los cultivadores. Careciendo éstos, además, por lo general, de educación económica, desconociendo los medios con que se prepara y se obtiene el crédito, recelosos de novedades que no vean con sus propios ojos y por larga experiencia justificadas, es de gran conveniencia aproximarles el instrumento de crédito para que á él se habitúen y en él vean al fin el camino de su progreso y bienestar.

Todo, pues, aconseja una organización de estas instituciones fiduciarias, que no por eso será incompatible con la existencia de flexibles y holgados lazos que unan, en los límites de lo posible, y robustezcan por regiones agrícolas, aunque sin perjudiciales trabas á la libertad de su respectiva acción, la variedad de estos organismos. Esta base de la conveniente multiplicidad de los Bancos agrícolas, es sin duda la preferida en nuestro Código de comercio, ya que reconoce y sanciona una amplia libertad para fundarlos.

De este modo organizados podrán, sin peligro para

su capital, y con manifiesto beneficio para la agricultura, ya imponer destino determinado á las operaciones de largo plazo, é ir por tal procedimiento corrigiendo la tentación irresistible de nuestros labradores de invertir en adquisiciones de propiedad lo que necesitan, ó siquiera les sería más provechoso que aplicasen para el cultivo; y á admitir en garantía hipotecaria y por cuantía mayor todos esos bienes inmuebles que los Bancos territoriales desechan en absoluto, ó miran con relativo desdén, y cuyo valor y estado legal los Bancos agrícolas locales tienen más eficaces medios de conocer mejor; porque sería, ciertamente un mal que los establecimientos de esta clase limitasen sus operaciones, á pesar de respetables opiniones que sostienen lo contrario, á las operaciones de crédito personal y mobiliario.

VIII

Reconozco, no obstante, de buen grado que el nervio de estas instituciones es el crédito mobiliario. Mas precisamente en él es donde se presentan las más graves cuestiones, de cuya acertada solución dependerá el porvenir de los establecimientos agrícolas. El colono en general, sea arrendatario ó parcerero, puede carecer, y carece comúnmente, de fincas propias sobre que constituir hipoteca; pero cuenta con diversidad de cosas muebles ó movilizables por su naturaleza, que pudieran servirle de garantía, si la legislación, apartándose de los viejos troqueles, y abriendo otros más acomodados á las exigencias peculiares de la agricultura, facilitase la celebración del contrato pignoraticio.

Cualquiera admite en garantía y depósito títulos de

crédito, alhajas y objetos preciosos; cosas todas de poco volumen y valor crecido y que no demandan especiales y costosos cuidados para su conservación. Los productos de la industria fabril y en general todas las mercaderías, no se hallan en muy diferente caso, y pueden soportar fácilmente el costo del almacenaje. ¿Sucedec lo mismo con los productos de la agricultura? ¿Facilitaría su empleo como garantía en las operaciones de crédito su custodia en Docks ó grandes almacenes de depósito? El ensayo se ha intentado, pero los resultados acreditan la ineficacia de este medio. Para el comerciante, para el fabricante y aun para el industrial agrícola pueden aquellos establecimientos prestar importantes y positivos servicios, pero no los obtendrá seguramente el labrador que intente beneficiarlos para la custodia de las garantías pignoraticias de que puede disponer. La razón de la diferencia está en la naturaleza y condiciones que son peculiares á estas mismas garantías. Los Docks no pueden servir para la custodia á bajo precio, como el escaso valor de lo custodiado lo requiere, de los henos, pajas, leñas, que abultan mucho y valen poco, y de las cosechas recogidas que exigen continuos cuidados de conservación.

¿En qué Docks se recibirían, sino por un precio que no soporta el escaso valor de la cosa misma, maíces de reciente recolección y otros productos agrícolas tan expuestos á averías, ó ganados cuya cría, manutención y ceba envuelven casi siempre gastos crecidos y cuidados prolijos?

Pues si los establecimientos á que me refiero no sirven para el depósito pignoraticio de lo que más fácil y frecuentemente puede ofrecer en garantía el labrador, por las mismas causas tampoco se prestará á recibirlos el establecimiento fiduciario que haya de facilitarle su crédito.

Por otra parte, el material de explotación animado ó inanimado, como los ganados afectos al cultivo, y los aperos y maquinaria que en la labranza se emplean, menos aún pueden ser entregados en prenda sin inferir mortal herida al cultivo mismo ó sin que éste quede desde luego paralizado.

Y la riqueza forestal y las demás cosas que, mientras están adheridas al suelo tienen la consideración de inmuebles, ¿qué posibilidad hay de entregarlas en garantía sin destruirlas, ó sin disminuir grandemente y quizás también innecesariamente su valor?

IX

En Francia, en Italia, en Alemania, en todas partes, en suma, donde la agricultura demanda al crédito capitales para su mejoramiento, ya que no para su misma subsistencia, es dificultad la indicada que preocupa gravemente el ánimo de cuantos á estos estudios se dedican; y la lealtad con que expongo la cuestión y sostendré mis opiniones después, me obligan á reconocer que hasta el presente no existe una solución que sea para todos unánimemente aceptable. Recientemente el Ministro de Agricultura de la vecina República abrió una información en que fueron oídos sobre cuestión tan grave todos los centros agronómicos de Francia y los más ilustrados labradores y economistas que hacen de la agricultura el objeto predilecto de sus estudios. Sus informes fueron entregados á la publicidad y sirven de triste testimonio para probar que aún no ha llegado el tiempo en que pueda sostenerse como unánimemente

aceptada una solución á tan difícil y trascendental problema.

Con el temor, pues, que es natural, cuando se trata de cuestiones sobre que la ciencia y la práctica no han pronunciado todavía su última palabra, me permitiré exponeros la solución que, por otra parte, parece contar con mayor número de sufragios. Ó se inutiliza para el crédito el haber del cultivador, que es frecuentemente su única y efectiva riqueza, ó si esto no ha de suceder, hay que transformar profunda y esencialmente nuestra secular legislación civil, relativa al contrato de prenda y al derecho real que de él emana. Y esta transformación debe consistir en que la *prenda agrícola* pueda constituirse *sin desplazamiento, sin desapoderamiento* del deudor y á *domicilio* del mismo, como si fuera una *hipoteca mueble*.

Reconozco las dificultades prácticas de la reforma y la que se presentará para conciliar derechos respetables, evitando frecuentes conflictos, pero no cabe desconocer su fundamento jurídico y económico.

Si atendéis á la naturaleza y carácter jurídico de las cosas que constituyen el patrimonio del individuo, y que son objeto de las relaciones que se determinan por el derecho, no hallaréis la razón por qué la cosa, que se ofrezca en garantía de una obligación, ha de quedar en poder del deudor cuando es inmueble (hipoteca) y ha de pasar al del acreedor cuando es mueble (prenda).

El Derecho romano, en la época de su esplendor y siglos antes que alteraran su pureza las escuelas de sus glosadores y comentaristas, había declarado por boca de Ulpiano, que la prenda se constituía no sólo por la tradición, sino por la mera convención, y aun cuando no se entregase la cosa, *et si non traditum est* (*Dig.*, capítulo I, tít. VII, lib. III). Nuestro sabio Don Alfonso X tenía conciencia de la sana doctrina cuando establecía

como carácter diferencial entre la prenda judicial y la convencional el que las cosas, en la primera, no quedaban obligadas hasta su entrega, pero sí en la última, *magüer non hayan la tenencia dellas aquellos que las resciben á peños* (ley 13, tit. XIII, Partida 5.^a), porque esta diferencia demuestra que el ilustre legislador no consideraba como esencial al derecho de prenda el *desplazamiento* de la cosa pignorada.

El Derecho, por otra parte, ¿no admite diversidad de maneras de tradición, que no son otra cosa que símbolos y ficciones? El *constitutum possessorium*, en el que la tradición se opera por el reconocimiento que hace el que enajena de poseer de allí en adelante la cosa á nombre de otro, ¿no lleva directamente á la prenda sin *desplazamiento*?

¿Mas á qué acudir á siglos tan remotos y á orígenes que no por gloriosos dejan de ser tachados como expresión de una ciencia que desde entonces hizo incontables progresos, cuando la legislación actual de los pueblos cultos ofrece abundantes datos en pro de la tesis que mantengo? Los privilegios generales y especiales sobre ciertos muebles que nuestras prácticas determinaban *hipotecas* tácitas y privilegiadas, como el del propietario, sobre los muebles que guarnecen la finca arrendada, ¿no son en realidad una verdadera prenda, sin *desapoderamiento* del dueño deudor? El derecho en que consisten, ¿no es, á pesar de esto, un derecho *real* ó (mixto) como el de *hipoteca*?

Reconozcamos que el desplazamiento de la prenda, ó sea su tenencia por el acreedor, no tiene otra legitimidad que una razón de mera conveniencia, que consiste en evitar la dificultad práctica que en la generalidad de los casos podría tener el acreedor pignoraticio que no tuviese en su poder la prenda para hacer efectiva la obligación por cuenta de la garantía.

Mas, por otra parte, cuanta utilidad en el orden económico ofrezca la reforma, se echa luego de ver, reparando en que existen grandes masas de riqueza que no hay posibilidad de dar hoy en prenda ni en hipoteca, y á las que convendría llamar á la vida del crédito para no inutilizarlas para el dueño y para el acreedor mismo, ya que ni el uno ni el otro, durante el tiempo de la pignoración, puedan hoy aprovechar la cosa pignorada, y aplicarla, siquiera, á los usos de su natural destino. Los bosques y montes poblados cabe sin duda hipotecarlos con el predio en que se hallan arraigados; mas aun sin contar con los mayores gastos y formalidades que implica la hipoteca, si el vuelo no pertenece al dueño del suelo, ¿qué hará el dueño del arbolado? ¿Cómo dar en prenda las toradas, vacadas, yeguas y las valiosísimas cabañas que constituyen la fortuna de nuestros ricos ganaderos y la principal de algunos labradores? En algún país se elude la dificultad económica anteriormente indicada, de la consignación á domicilio, por medio del arriendo al acreedor del local ó finca donde se hallan los muebles ó semovientes empeñados. Ciertamente que por aquel medio no son estas riquezas completamente muertas para su dueño; pero sobre que por tal procedimiento se cae en la complicación que puede producir un contrato más entre las mismas personas, no podrá aquél aplicarse á todos los casos de la obligación pignoratícia, ¿de qué manera se aplicará el sistema tratándose de un rebaño trashumante?

Es verdad que esta masa variadísima de efectos agrícolas, aunque no sean en realidad susceptibles de empeñarse, es verdadera riqueza que puede el dueño vender y realizar, y que por lo tanto, robustece su crédito personal; y es verdad también que el agrícola no es posible, ni aun sería conveniente, que se organizase con el exclusivo carácter de crédito mobiliario;

pero esto no obsta para que no sea de incontrastable evidencia la ventaja de dotarle ampliamente por la reforma legal que defiende de un elemento tan valioso y del cual hoy le priva el Derecho vigente.

Con este elemento importantísimo serán posibles esas combinaciones del crédito personal con el rural que ya han ensayado con éxito, á pesar de las trabas de la ley, las instituciones bancarias populares. Con que la garantía mobiliaria supla por una firma, ya es bastante. Porque hay que tener en cuenta que los Bancos se rigen por reglas generales y no por prácticas casuísticas; y que si la prudencia aconseja, para no exponerse á contingencias desastrosas, no operar sobre una sola firma por respetable que ésta sea, aquélla permite facilitar el crédito, á quien ofrece además, como si fuera un aval, una garantía mueble.

Tiempo es ya de transformar el crédito mobiliario que hoy subsiste tal como nació allá en las remotas edades del *Derecho quiritarario*, organizándolo de un modo más racional, á fin de que, en vez de servir para mejorar la situación económica de quien á él acuda, no sirva para arruinarlo ó siquiera empobrecerlo, privándole de todo goce y beneficio en lo que constituye quizás la parte principal de su fortuna, por tener que pasarla á manos de aquel cuyo capital solicite, para no recobrarlo hasta que se lo devuelva. El *desplazamiento* de la prenda, sobre todo cuando éste consiste en elementos activos de producción agrícola, es incompatible con el desarrollo del crédito, de que tanto necesita la agricultura.

Si esta reforma llega á plantearse en nuestra legislación civil, y la experiencia demuestra su bondad y eficacia, llegará quizás un día en que por la natural expansión que caracteriza la actividad de las ideas, se amplíe al crédito industrial y aun al doméstico, como

ya trató en 1883 de hacerlo, aunque sin éxito por aquella vez, la Comisión del Senado francés al informar acerca del proyecto que el Gobierno de la República había presentado el año antecedente sobre los institutos de crédito agrícola. Hoy por hoy, surge en primer término el planteamiento de la reforma para la agricultura, si ésta ha de llegar á gozar, como goza la industria fabril, de los beneficios del crédito. Sin ella, por otra parte, continuará siendo letra muerta la facultad que el Código de Comercio concede á los Bancos y sociedades agrícolas de prestar sobre frutos, cosechas y ganados.

Reconozco que la reforma, por la variedad y complicación de sus efectos, exige un estudio detenido para no lastimar intereses legítimos que viven y tienen su amparo en la actual legislación. Los obstáculos de esta clase surgen por doquiera en el vasto campo del derecho.

X

Salta desde luego á la vista el que ofrece la vigente ley hipotecaria. Sólo podrán, según ella, ser hipotecados los bienes inmuebles (art. 105), no los frutos pendientes con separación del predio que los haya producido, ni las cosas muebles aunque estén colocadas permanentemente en los edificios para adorno, comodidad, ó servicio de alguna industria, á menos que se hipotequen juntamente con aquéllos (art. 108). Nada de esto se opone ciertamente al crédito mobiliario. Mas ¿qué importan estos preceptos si en otros artículos al describirse la extensión de la hipoteca se le da tal potencia de atracción que se la extiende por ministerio

de la ley á los muebles de la misma clase que los anteriormente indicados, aunque su colocación fuese de fecha posterior á la constitución del gravamen hipotecario; á las nuevas plantaciones, obras y mejoras; á los frutos que al tiempo de hacerse efectiva la obligación hipotecaria estuviesen pendientes ó ya cogidos aunque no levantados ni almacenados, y, en fin, á las indemnizaciones debidas al propietario por la aseguración de los mismos frutos? (Artículos 110 y 111.) El crédito hipotecario absorbe de este modo, por obra de la ley, y no por la voluntad expresa del acreedor y del dueño, todo elemento de vida para el crédito pignoraticio agrícola. Éste se hace imposible. Y sin embargo, tan absorbente extensión de la hipoteca no era en el pensamiento del legislador una condición de su naturaleza. Si por tal la hubiera tomado, no se hubieran en la ley exceptuado, cuando la finca pasa á manos de un tercer poseedor, los muebles, mejoras y frutos, obra ó pertenencia de su nuevo dueño. ¿Es siquiera justo? Con dar al acreedor hipotecario aquello que contrató, ó sea la finca hipotecada en la manera descrita en el contrato, se respeta su derecho y no se lesiona el del deudor. Déjese á la voluntad de los contratantes fijar los límites de la extensión de la hipoteca, pero no venga la ley á suplirla, concediendo graciosamente al uno lo que el otro no le otorgó.

En tanto que no se modifique la ley Hipotecaria, encerrando la hipoteca en los límites que la justicia y la conveniencia demandan de consuno, el crédito pignoraticio del labrador arrastrará una vida efímera y raquítica, porque lo agobiará constantemente el hipotecario con su inmensa é injustificable pesadumbre.

XI

Otro formidable obstáculo encuentra el crédito mobiliario agrícola en la constitución peculiar que en algunas de nuestras provincias tiene la propiedad territorial y por virtud de la cual los derechos constitutivos del dominio se hallan compartidos entre personas diversas. El dueño *directo*, ya se trate de una enfiteusis común, ya de los foros tan extendidos en la región Noroeste de la Península, tiene prelación sobre todos los demás acreedores (puesto que él es un verdadero condueño) para cobrar lo que le deba el dueño del *útil* por razón de la pensión y sus consecuencias, en los frutos de la finca enfiteútica ó aforada, y aun por cuenta del valor del mismo dominio *útil*.

¡Y qué consecuencias tan gravosas á veces y tan irritantes! Atrasos considerables que en virtud de la solidaridad de la obligación y por insolvencia de uno ó varios de los partícipes en el dominio *útil*, ó por otras causas, se reclaman á uno solo, quizás el menor porcionero, de los consortes; gastos fabulosos de un prorrateo, en el que á la sombra de una desdichada reforma de nuestra ley procesal, se estiran y multiplican diligencias por una curia ávida de lucro, pago de un remoto y ya olvidado laudemio que alcanza quizás á la décima ó á la quinta parte del precio de la finca. Bien puede calificarse de cruel sarcasmo la denominación de *útil* que se da á ese conjunto de pretendidos derechos que en alguna región más que de tales merecerían el nombre de onerosas obligaciones. Vicios son estos inherentes á la constitución de nuestra propiedad tal

como el transcurso de los siglos la ha ido modificando, y cuya radical reforma en el orden jurídico, y lo que es aún de mayor y más grave trascendencia, en el orden social se reclama con urgencia.

Pero mientras esta transformación no se efectúa en la propiedad, ¿cómo allanar de alguna manera, por lo menos en circunstancias ordinarias, la dificultad que acaba de indicarse?

El Código civil portugués halló una solución, siquiera no sea completa (y cuyo principio ha aceptado nuestra ley Hipotecaria respecto á la hipoteca cuando puede perjudicar á un tercero): restringe á los dos últimos años y el corriente el privilegio mobiliario que sobre los frutos de los predios rústicos respectivos concede en primer lugar al crédito por deudas de foros, censos, etc. (Art. 880.) Pues lo que más allá del Miño es ley, y no se considera lesione el sagrado derecho de propiedad, bien puede establecerse más acá del río fronterizo cuando la constitución territorial y la situación agrícola, son muy semejantes en una y otra parte.

XII

Ofrécese aquí también la tan calurosamente debatida cuestión del privilegio del propietario por razón del contrato de arrendamiento. Reflejo el Código de Napoleón (que como es sabido, ha sido molde de la mayor parte de los modernos de la Europa continental) de las doctrinas fisiocráticas que tan en boga estaban en Francia, donde habían tenido su cuna, curóse muy principalmente de revestir de toda clase de garantías la propiedad del suelo, en cuyo cultivo se funda, según

aquella escuela, la riqueza de las naciones; y encontrando en la jurisprudencia de su país el privilegio del arrendador, en que se había convertido la antigua hipoteca tácita de los romanos, lo acogió y desarrolló y le dió tal fuerza y extensión, que con él bien puede decirse que queda agotado todo el crédito mobiliario del colono. De aquí el clamoreo que desde que empezó á agitarse el problema del agricola se ha levantado en los pueblos en que aquella legislación está en vigor contra tan absorbente privilegio, y Francia, Bélgica é Italia, oyen sin cesar el clamoreo ya extremado de los cultivadores que piden y reclaman su abolición. Los hombres de ley no pasan de aconsejar que se atenúe y encierre en razonables límites para que puedan coexistir otros derechos también legítimos, y las nuevas leyes mercantiles han empezado á forzar el círculo de hierro con que el privilegio encerraba en todos los casos la total fortuna del arrendatario.

Sin embargo, no puede desconocerse su fundamento, como tampoco puede negarse el del concerniente al crédito por semillas y gastos de cultivo y recolección; son elementos que concurren á la producción agraria la tierra, las semillas y el trabajo del hombre, y justo es que encuentre cada uno su garantía en los resultados de su acción común. Y sin entrar en sutiles razones de escuela, y sin discutir si los frutos pertenecen primordialmente al dueño *jure soli*, como anexión de su finca, hay otras razones poderosas que aconsejan, por utilidad de todos, y del propio colono, que en las relaciones de crédito que éste entable sea preferido el que le ha dado, con las tierras para el cultivo, la base de su situación económica, al que solamente, y en consideración á la misma tierra, le concede después medios para mejorarla. Y no fuera que cercenándose en demasía el privilegio del propietario por favorecer el

crédito del cultivador que pudiera muy bien emplearlo para fines muy diversos de los rurales, se dificulte el crédito de locación que aquel privilegio le facilita hoy y frecuentemente con él también el dinero y con suaves condiciones. Y peor, sobre todo, será que el arrendatario, á falta de garantías suficientes en la ley, se procure por medio del contrato otras garantías que pudieran ser más onerosas para el colono hasta llegar á trabarle ó inmovilizarle el capital que necesita para el laboreo de las tierras. Hay que buscar por todo esto un justo medio, y no empeñarse en ver todas las utilidades en el interés exclusivo de uno de los elementos de esa necesaria asociación que debe producir el contrato de arrendamiento entre la propiedad y el cultivo. Que éste se mejore, y así se aumente la producción y se facilite y abarate el consumo, es un interés social; pero también lo es del propietario, que en el mayor bienestar del colono no puede menos de ver la más sólida garantía de su derecho.

Por fortuna, en España la tarea es fácil, ya que hasta ahora no ha pasado de mero proyecto la legislación desenvuelta en el Código Civil de 1851, en que con poco feliz acuerdo se altera en sentido favorable al Código de Napoleón el secular derecho de las Partidas y de la Novísima Recopilación.

¿Es, sin embargo, éste perfecto? Con sólo extender, como extiende, el privilegio á todas las rentas vencidas, sin otros límites que los lejanos de la prescripción de cada una, hace incompatible el crédito mobiliario agrícola y fomenta á la par en el propietario una perjudicial indolencia. Humano y cristiano es, dado lo frecuente de los accidentes de la naturaleza, que tan cruelmente maltrata al mísero labrador, que el dueño de la tierra difiera para más feliz año el cobro de las rentas vencidas en el que hubiese sido desgraciado.

Esto equivale entonces para el colono á una operación del crédito que necesita para la producción, ó quizás para el consumo. Pero no conviene al colono mismo que la excepción se convierta al amparo de la ley en regla general y sistema, que, entre otros perjuicios, produciría el de que las gentes del campo no fuesen adquiriendo esos hábitos de honor y fidelidad en el cumplimiento de sus compromisos, que caracterizan al honrado comerciante, pues precisamente la carencia de esos hábitos es el obstáculo que impide al capitalista franquearle sus arcas.

Legislaciones hay que limitan la esfera de acción del privilegio del dueño á una sola anualidad de renta vencida. Así sucede en Italia, Portugal, Inglaterra y Alemania. En Francia, varios proyectos sobre el crédito agrícola trataron de ampliarlo á dos años, como ya se halla establecido en una ley especial para los casos de quiebra de comerciantes. Este temperamento entiendo que es el más favorable á los respectivos intereses de arrendador y arrendatario, uniformando á la vez nuestro Derecho, ya que la ley Hipotecaria no extiende la garantía de la hipoteca para el cobro de los intereses vencidos, y los réditos de los censos en perjuicio de tercero, más allá de dos anualidades y la pendiente.

XIII

Por lo que hace á la comprensión del privilegio, podría introducirse una innovación substancial, si de tal se puede calificar la vuelta á los más antiguos orígenes del Derecho. No ofrecen la suficiente precisión y uniformidad los textos romanos para que no hayan surgido divergencias entre sus intérpretes y tratadistas, al tra-

tar de concordar el Digesto con el Código. Mas parece lo menos incierto que en un principio la hipoteca expresa que, por la fuerza de la costumbre, se convirtió después en tácita, sólo afectaba los frutos en los arrendamientos de predios rústicos, y los muebles que se introducían en la finca en los de los urbanos, ya que éstos no producían frutos que pudieran ser bastante garantía para el arrendador *Eo jure utimur* dice Horacio, *ut quae in praedia urbana inducta illata sunt, pignori esse credantur, quasi id tacite convenerit, in rusticis praeditis contra observatur*¹. El Código civil portugués restablece este antiguo derecho; y el proyecto sobre crédito agrícola presentado recientemente á la Cámara de Diputados por el Ministro de Agricultura, Industria y Comercio de Italia viene, en cierta manera, á establecerlo también, al disponer que en concurso del arrendador y de los institutos de crédito agrícola, tenga preferencia el primero sobre los frutos pendientes ó cogidos, así como sobre el mobiliario y semovientes los últimos. Á mi parecer, de cuantos medios se han propuesto para armonizar los diferentes intereses del propietario y de los acreedores por préstamos agrícolas, no hay ninguno como este repartimiento del privilegio, que lo satisfaga de un modo más racional, equitativo y conveniente. Queda así íntegro el privilegio en los casos ordinarios al propietario cuando concorra con acreedores comunes; pero se abre camino para que dentro de él quepa el crédito agrícola que proceda, ora por venta al fiado de máquinas y aperos perfeccionados que tanto pueden contribuir á los progresos de la producción rural, ora por venta también ó dación de ganado en *parcería*, ora por consignación de prenda á domicilio para garantizar cualquiera operación fiduciaria agrícola.

1 (D., l. 4, tít. II, lib. XX.)

XIV

Superfluo pudiera parecer el decir que en todos los casos habrían de anteponerse al propietario además del Estado, el primero en la serie de los acreedores como premio por el orden que asegura y por la justicia que administra, los que lo sean por premio ó dividendo del seguro agrícola, según fuere, mutuo ó á prima fija, respecto de las cosas aseguradas; y los acreedores por semillas y gastos de cultivo ó recolección en lo que toca á los frutos por ellos cultivados ó recogidos. El seguro, en sus varias formas y aplicaciones, hace cierta la cosa asegurada, conservando en todo caso su valor, por cuenta del cual otros acreedores han de realizar su derecho. Es de justicia por esto la preferencia que, siguiendo los principios generales que rigen en la materia, se limita á una sola anualidad ó al dividendo que á ésta corresponde, si la cosa asegurada era toda la cosecha, y á los dos últimos premios ó dividendos, en armonía con disposiciones análogas de la ley Hipotecaria (art. 220), si ha sido el ganado ú otra prenda agrícola de más resistencia y duración.

En cuanto á los créditos por semillas y gastos de cultivo y recolección, fúndase su privilegio sobre los frutos de la cosecha á que se refieren, en el principio de derecho de que no hay frutos hasta que se han deducido las necesarias impensas: *Hoc fructuum nomine continetur quod justis sumptibus deductis superest.* (Cod., l. 1, título LIX, lib. VII). Entre los gastos de cultivo no pueden menos de figurar los abonos naturales, así comunes como de granja, sin cuyo beneficio apenas hubiera producido nuestra agotada tierra. Más difícil es

de resolver la cuestión tocante á los químicos y á las enmiendas, que no tanto se emplean para reparar las pérdidas anuales de las fincas cultivables en su trabajo de producción, y proporcionar á la cosecha para que se emplean los elementos que necesita asimilarse, como para aumentar la potencia productora del mismo suelo y reformar la imperfecta combinación de sus elementos.

Concederles en absoluto preferencia sobre el arrendador, cuando su eficacia se extiende á más de un año, y cuando, por otra parte, de tan subido precio son, y tanto se prestan á la falsificación industrial, sería exponer á injustificables postergaciones al propietario que proporciona con la tierra que arrienda el primer factor de la producción agraria. Pero tampoco cabe negarles, sin lesión de equidad, la consideración de que gozan los naturales y comunes, cuyo oficio, además, suplen ó deben suplir con ventaja. Á falta, pues, de concierto con el arrendador, se les deberá reputar en cuanto á su valor privilegiadamente abonable en cada cosecha, como si fuesen comunes; y para esto tomando por guía la experiencia, repartir su acción fertilizante en tantas anualidades cuantas sea preciso, sobre la base de la producción de una cosecha ordinaria en cada una. Las enmiendas son mejoras territoriales que parece regular que no se ejecuten sino de concierto con el dueño; y si así se hiciere, éste, inspirándose en su propio interés, podría llegar hasta ceder su privilegio en favor del proveedor de la enmienda, como que se van á mejorar con ella las condiciones productoras de su finca.

XV

Insuficiente sería el establecimiento de los privilegios por la ley, si ésta, á la vez, no asegurase su eficacia por las solemnidades del contrato de que surgieran. Por esto, sin duda, y dada la facilidad para el fraude que ofrece el contrato pignoraticio, sobre todo si la prenda quedase en poder del deudor, requiere la buena fe como garantías, solemnidades especiales para celebrarlo. Nuestro proyecto de Código Civil de 1851, quedándose aún atrás de otras legislaciones que extreman más sus preceptos, niega al derecho de prenda efectos contra tercero, á no constar por instrumento público ó privado cuya fecha sea cierta; adquiriendo este carácter la que consta en el contrato, ó bien por la incorporación del documento en un registro público, ó bien por el inventario que de él hiciese algún funcionario también público, ó bien por la muerte de cualquiera de los que lo hubieran otorgado.

Pues si se habían de requerir tales formalidades en el contrato pignoraticio común, en que el hecho de la tradición de la prenda cae bajo el dominio de los sentidos y puede ser por todos apreciada; la prenda, á domicilio del deudor, que no se señala por ningún fenómeno ostensible, exige, como de necesidad imprescindible, que se constituya empleando especiales solemnidades que garanticen su certidumbre. A la publicidad de la tradición hay que sustituir otra, que la supla, si fuera posible, con ventaja: la publicidad del Registro. Así es que en casi todos los proyectos que por los particulares, por las Corporaciones ó por los Gobiernos, se han formado sobre el crédito agrícola mobiliario, en-

tra como uno de sus quicios el establecimiento de registros especiales en donde consten debidamente las obligaciones de este crédito y por el riguroso orden de fechas que ha de servir para determinar la prelación de los diversos acreedores. La discrepancia se nota solamente respecto á los sitios donde cada cual entiende que deben radicar los registros, pues mientras en un proyecto, como el del Gobierno italiano, se confiere el encargo de llevarlos á los que aquí llamamos Registradores de la propiedad, en otros se cometen á los Cancilleres de los Juzgados de paz ó á diversos funcionarios del mismo orden que no existen en nuestra jerarquía administrativa, y en otros se adopta un sistema doble, como en el del Gobierno francés.

La naturaleza del crédito agrícola, la pequeñez ordinaria de sus transacciones, la necesidad de apreciar y determinar bien la prenda, el apetecible ahorro de gastos y molestias son motivos que aconsejan situar estos registros lo más cerca posible de los cultivadores, y por esto encomendarlos á los Juzgados municipales que ya corren con el civil que me cupo el honor de establecer en España. Si los Secretarios de aquellos centros municipales no tiene toda aquella pericia profesional y competencia en el derecho que distingue á los Registradores de la propiedad, tampoco carecen de la idoneidad bastante, dadas la sencillez del asiento, las condiciones de aptitud que por otra parte se les exigen y la naturaleza de las funciones que desempeñan, puesto que no en otra cosa consisten que en la ejecución de actos de carácter puramente legal.

El registro de obligaciones agrícolas podría estar á su cuidado. En él se inscribirían breve y sumariamente con las precisas indicaciones todos los contratos de crédito agrícola, ya prendarios, ya con ó sin fianza personal, ora consten por escritura pública, ora por docu-

mento privado, ora por manifestación verbal que hagan las partes ante el Juez municipal del término en que radique el Registro competente. Éste debe ser aquel donde se hallen los bienes muebles ó movilizables que se afecten en garantía, si la obligación llevase prenda, ó el del domicilio del deudor en otro caso.

La fecha de las inscripciones habría de dar naturalmente preferencia entre acreedores de una misma clase y perjudicar á los no inscritos aun cuando fuera anterior su crédito: de otra suerte resultaría un servicio superfluo el Registro. Éste en cuanto al crédito mobiliario, aseguraría los derechos del acreedor sobre la prenda que continuase en poder del deudor, hubiese sido traspasada en fraude de aquel á un adquirente de mala fe, ó tuviese una marca ó contraseña ostensible que acreditase su responsabilidad. Fundar sobre ello un derecho real hipotecario que pueda perseguirse en cualquiera mano á que hubiese pasado la cosa y autorizar por tiempo más ó menos premioso que la reivindicque, como hace la ley belga de 15 de Agosto de 1884 sobre préstamos agrícolas, asimilando en todo al arrendador el prestamista por tal título, podía no chocar allí donde, como en Bélgica y otras naciones, el privilegio de aquél implica tan extensos derechos y absorbentes efectos; pero no debe ser acogido porque pugna contra el común sentir y contra la costumbre, donde como en nuestra España aquel privilegio está más limitado. La tendencia moderna no se significa en el sentido de inmovilizar, sino en el de movilizar los bienes aun inmuebles, desarrollando la acción del comercio por la ampliación que se da á la prescripción de derecho á favor del comprador respecto á las mercaderías vendidas, según acaba de sancionar el vigente Código de Comercio para las que se enajenan en almacenes ó tiendas. La paralización de las transaccio-

nes sobre productos agrícolas en ferias y mercados, el quebranto en los precios de su venta, en los que tendría que cotizarse para descontarlo como elemento natural é indeclinable, el riesgo de la rigurosa hipoteca mobiliaria al generalizarse los préstamos sobre prenda agrícola, son también razones para no aceptar la novedad.

Sanciones civiles y penales podrían en cambio asegurar cumplidamente los intereses del acreedor; el vencimiento *ipso jure* del plazo, la inmediata exigibilidad de la deuda para el caso de que el deudor deteriora la prenda ó no ponga en su conservación el mismo cuidado que las leyes imponen al acreedor prendario que tenga en su poder la cosa pignorada, sin perjuicio de las responsabilidades de carácter civil y criminal para los que la destruyan, distraigan, empeñen con desplazamiento, vendan sin consentimiento del acreedor ó sin entregarle el precio, ó reemplazan por otros de igual valor los objetos vendidos, ó no entreguen en caso de siniestro la correspondiente indemnización por el seguro.

XVI

Un procedimiento sencillo, poco costoso y todo lo rápido que sea compatible con los agobios tradicionales del labrador, y la dificultad de realizar á veces sus productos para saldar sus deudas, debería asegurar la ejecución de los contratos á que me refiero, teniendo en cuenta las condiciones naturales de la producción agrícola, para no permitir que se enajenen antes de tiempo, sin autorización judicial y con inútil quebran-

to del deudor, y sin todo el beneficio que pudiera esperar con más calma su acreedor, cosechas que no hayan llegado al período ordinario de madurez.

En cuanto á la jurisdicción, podría fijarse por la cantidad exigible de la deuda hasta 1.500 pesetas la competencia de los Jueces municipales, y de esta cantidad en adelante la de los de primera instancia ó de los tribunales que llegue á ocupar ese lugar si llegase á modificarse la actual organización judicial. Razones de rapidez y economía, no menos atendibles que las que movieron al legislador á aumentar hasta ese límite la competencia de los Jueces municipales para conocer de las cuestiones que se susciten en las ferias sobre contratos en ellas celebrados (art. 84), inducirían á ampliar á estos asuntos la notable innovación introducida en la materia por la ley mercantil reciente.

Y en ahorro también de gastos y para el mayor esclarecimiento de los derechos, la inscripción podría reputarse caducada, por el ministerio de la Ley y sin necesidad de petición de parte, en un plazo acomodado á la duración ordinaria de estos contratos, cuando de su tenor no conste ya el vencimiento que llevaría igualmente consigo la caducidad al mes siguiente; término que, de no cumplirse la obligación, podrían aprovechar los interesados para renovar el contrato con modificaciones ó sin ellas, y sin perjuicio de otro anteriormente inscrito.

XVII

El crédito prendario ó mobiliario-agrícola organizado á tenor de las bases que acabo de exponer, estaría cimentado sobre las soluciones que recomiendan los últi-

mos progresos de las ciencias económicas y jurídicas. Mas esta organización ¿deberá constituir el derecho común? ¿Convendrá que por ahora constituya un derecho singular y de privilegio? No son los tiempos que corren favorables á soluciones privilegiadas que, por regla general, violan el grandioso principio conquistado en la Edad Moderna de la igualdad de todos ante la ley común. Sin duda con el tiempo—mucho es de desear, y ojalá avance ese tiempo á pasos de gigante,—trascenderán al derecho común todas las prescripciones que deben ordenar el crédito prendario rural, y podrán aplicarse en las necesidades de la vida á las relaciones de ciudadano á ciudadano. Por hoy, parece más cuerdo y previsor decretarlas meramente en beneficio de los Bancos y demás Sociedades de crédito agrícola, como estímulo para su fundación, y porque si interesadas, como es natural, tales Compañías en obtener el mayor lucro posible con sus operaciones, los instrumentos de crédito de que disponen y de que hasta ahora no han logrado apoderarse los individuos aislados, les permitirá realizar sus beneficios sin la ruina, antes bien, con el beneficio del labrador.

La usura ejerce su cruel tiranía sin competencia en los campos; y mientras no se levanten rivales que la pongan coto, sería mala política no favorecer los intereses de la agricultura, antes al contrario, agravar su actual mísero estado, fabricando armas de que sólo se aprovecharían los explotadores de siempre de la clase labradora. También la ley belga de 15 de Agosto de 1884, y el más moderno proyecto del Gobierno italiano sobre crédito agrario, otorgan sus beneficios en favor, no más, de los establecimientos de crédito, y no se dirá, por cierto, que Bélgica é Italia son naciones enmohecidas y apegadas al régimen vetusto del privilegio.

XVIII

Algo hay, sin embargo, en esta materia que entra en las regiones del derecho común, y puede ser por todos utilizado. El crédito es un fenómeno más extendido y general que lo que vulgarmente se cree; se halla, sin que lo advirtamos, formando la base de multitud innumerable de actos de la vida civil del hombre, de funciones interesantísimas del organismo social. No todo crédito consiste en prestar moneda metálica ó fiduciaria, que también se manifiesta la confianza y se dispensa crédito en cuantas ocasiones un hombre entrega ó confía á otro, para que después se lo devuelva ó reintegre, y entretanto se utilice de él, un capital cualquiera en dinero ó en efectos, en cosas fungibles ó en las que no lo son. Y crédito agrícola hay, que es por cierto el más barato, el más importante y el más difundido, y sobre el cual está basada la constitución agrícola europea, en todos los contratos de arrendamiento de fincas rústicas y de aparcería agrícola y pecuaria, en que tan principal parte tienen las prendas personales del colono ó aparcero, su honradez, su laboriosidad y su pericia.

Este crédito se halla frecuentísimamente en el aire; no descansa muchas veces ni en un mal papel que acredite el contrato: los arriendos, por efecto de la incuria ó de una imprudente confianza, se van prorrogando de año en año por la reconducción tácita que afortunadamente ha sancionado la ley.

En cuanto á la aparcería de cultivo y mucho más la de ganados, regiones hay donde no se suele consignar por escrito y se entrega la conducción del negocio á las

varias, discordantes y á veces poco precisas prácticas locales de cada comarca. La ley, excepción hecha de una de las Partidas, ha callado y para nada se ha curado, como si no existiera ó tuviera importancia baladí, de una forma de explotación tan extendida y tan adecuada á las condiciones de la agricultura. Pero la codificación civil es una de las preocupaciones más intensas de la generación presente, y todos los gobiernos que vienen rigiendo los destinos de esta nuestra España aspiran á dar cima al edificio. Y en el Código que al fin haya de regular nuestras relaciones jurídicas, no podrán menos de establecerse normas jurídicas, de imposición voluntaria, por las que puedan ordenarse, en el silencio de las partes, tales contratos, según nos ha dado ejemplo, para su gloria, Portugal.

Pero mientras esta necesidad espera su satisfacción de los poderes públicos, puede darse certidumbre y con ella claridad á todas estas variadas é importantísimas relaciones de la vida rural.

El registro de obligaciones agrícolas, una vez establecido, pudiera desde luego abrir sus libros á la inscripción sencilla y económica de todos los contratos de arrendamiento ó de aparcería ó de cualquiera otra clase que tengan por objeto utilizar, cuidar y fomentar la riqueza agrícola y pecuaria, bien consten los contratos en escritura pública, bien en escritura privada, bien por simple manifestación verbal que hagan las partes ante el competente Juez municipal. Esta inscripción no tendría otra trascendencia respecto al arrendamiento de fincas rústicas que la de comprobar las relaciones personales que se derivan del contrato, pero sin extender sus efectos, ni en orden al dominio, ni en orden á la posesión, ni siquiera al del derecho real creado por la ley Hipotecaria en ciertos casos en favor del arrendatario; derechos todos ellos que ten-

drían que acreditarse por procedimientos diferentes y en las oficinas para ello creadas, ó sea en los Registros de la propiedad. Aun así, la importancia de los Registros de crédito agrícola es grande y de común provecho á ganaderos, propietarios y colonos.

XIX

Si el crédito agrícola que pudiera ser favorecido por tales medios ha de ser el de producción que impulsa la industria, y no el de consumo que remedia por piedad las necesidades perentorias de la existencia, no pueden dejarse en desamparo las mejoras que el colono haya ejecutado en las fincas que cultiva y los capitales propios ó prestados que hubiere adherido á su suelo. Sin el derecho á su utilización ó resarcimiento, vacilaría el arrendatario en iniciar mejoras culturales de cierta importancia y costo relativo, y se limitará á vivir al día, y sacar bien ó mal todo el lucro que quepa dentro del mínimun de gasto. El crédito agrícola nunca sobraría, más perdería mucho de su importancia.

Dadas las ideas de libertad de la propiedad que dominan en el continente europeo, no es posible vuelvan á prevalecer todas esas antiguas doctrinas y medidas de reconducción forzosa é inalterabilidad y tasa de la renta, porque hoy Inglaterra trata de resolver la tenebrosa cuestión de Irlanda. Podrá aconsejarse á los propietarios la conveniencia de que otorguen arriendos largos y de condiciones equitativas y favorables al cultivo, pero no se les podrán imponer como obligación legal. Mas la ley puede, sí, consagrar una especie

de *tenant right* del colono sobre el capital, que al término de su contrato deje incorporado á la tierra. Las Partidas, siguiendo á los grandes jurisconsultos romanos del Digesto, ordenan que sea "El Señor tenudo de dar las misiones que fizo (el arrendatario) en aquellas cosas que mejoró, ó dejelas descontar del arrendamiento," (ley 24 tit. VIII, Partida 5.^a). En Inglaterra una ley moderna, retocada ya, y que se quiere retocar otra vez, entra en prolijos detalles, establece categorías de mejoras territoriales y culturales; y sienta ingeniosas bases para su resarcimiento en cada caso, según su contexto, y siendo el proveedor preferido en el pago á los demás acreedores, incluso el mismo propietario. Más sencillo el Código civil portugués, concede derecho de retención de la finca al arrendatario que hubiese hecho en ella mejoras con consentimiento escrito del dueño, ó bien reparos necesarios para su uso, y que éste, requerido debidamente, hubiera descuidado hacer; y derecho de reclamación (ya después del desalojamiento) al arrendatario del predio rústico por plazo menor de veinte años que hubiese verificado mejoras necesarias ó útiles aun no expresamente consentidas; cuyo valor le será pagado del aumento del rendimiento anual que resulte al predio mejorado. Es ciertamente equitativo el precepto portugués y favorece el crédito agrícola dándole mayor base, con una garantía más al colono.

XX

Pero dejando á un lado esta cuestión, me ocuparé, para terminar este monótono y desaliñado estudio, de las instituciones de crédito y de sus privilegios y que

pudieran crearse alicientes para su fomento. Como incentivo que induzca á la formación de tan útiles Compañías podrían cumplirse las promesas hechas por el Gobierno en 1841 á favor de los Bancos de Socorro ó de labradores, eximiendo del impuesto de derechos reales y de la contribución industrial y de comercio, como otras empresas gozan durante los cinco primeros años de su existencia, todas las operaciones que ejecuten y sean verdaderamente de crédito agrario.

El Estado no debe ni puede hacer más; una protección directa, una cooperación cualquiera, una ayuda pecuniaria otorgada á las Sociedades múltiples heterogéneas que se han de mover en profusos y reducidos círculos de la periferia del territorio nacional, aparte de la cuestión de principios ya esbozada en el comienzo de este discurso, sería como conducta, una aventura indiscreta. Las corporaciones provinciales y locales que se hallan en situación de mirar de cerca las cosas, apreciándolas y aquilatando la conducta de las personas que en la fundación de estos establecimientos emplean su iniciativa por su propia observación y por concienzudos informes particulares, y no por relaciones oficiales que, si leales y exactas unas veces, otras serán ligeras y erróneas, podrían conceder estímulos más eficaces á la dormida acción privada para que sacuda su tradicional incuria. El aseguramiento de un *mínimum* de interés á las acciones, la adquisición de cierta cantidad de obligaciones que emitan institutos que vean nacer en condiciones viables, acomodados á las peculiares necesidades agrícolas del país y con propósitos serios, serían medios de protección que aquéllas podrían emplear con fruto.

XXI

La situación en que se halla nuestra agricultura tiene que fijar las miradas de todo el que se preocupe del bien y porvenir de la noble tierra en que nacimos, del bienestar del mayor número de sus habitantes, que lo constituyen por cierto los que á hacerla que fructifique consagran sus incesantes afanes. Gime hoy toda la agricultura europea, aun la más adelantada, ante la amenazadora competencia que se aprestan y han empezado á hacerle apartadas pero más fértiles regiones que hasta hace no largos años eran más bien sus mercados de consumo. ¿Qué suerte la deparará la Providencia á la española, que tan atrás se va quedando? Urge mejorar ó variar los procedimientos y los métodos, transformar cultivos que no sean remuneradores, utilizar más y emplear en mayor extensión las substancias fertilizantes, suplir las deficiencias de la agricultura propiamente dicha con el desenvolvimiento de las otras industrias rurales..... Pero para todo esto se requiere capital, y el capital precisamente permanece retraído de los campos que no va sino adonde halla crecido lucro, ó adonde halla garantías de seguridad. La cuestión del crédito agrícola es, pues, una cuestión capital para nuestra patria.

Que no todos los agricultores podrán aprovecharse de sus ventajas por las menguadas garantías de que dispongan, es innegable. Para éstos hay otros recursos en la misma agricultura: constituciones favorables de la empresa agrícola, cual la aparcería y establecimientos que, como los Montepíos y los Pósitos, responden y

deben responder á un fin de beneficencia. Que la cuestión del crédito agrícola no es todo el problema agrícola, sino tan sólo uno de sus factores; que la organización de la propiedad, que la instrucción profesional, que la abundancia ó escasez de medios de comunicación, que las mayores ó menores trabas que al adelanto de la industria agrícola ofrece el régimen fiscal, que en fin, otros elementos son los unos aliento, y los otros rémora del progreso, es verdad ciertísima. ¿Dejará por ello de ser la materia con que he fatigado vuestra atención uno de los principales aspectos del problema?

Acaso, aun concedidas todas las facilidades que hoy he tenido el honor de proponeros, no se levantarán en seguida ó se levantarán en muy escaso número instituciones fiduciarias que quieran gozar de sus beneficios, encauzando por aquellos nuevos canales el capital que hoy exclusivamente se desliza por otros. Gran desgracia sería tal desengaño para el país. El Estado, no obstante, debe cumplir su misión; á los particulares después incumbe realizar la suya. HE DICHO.

CONTESTACION

AL DISCURSO ANTERIOR

POR EL EXCMO. SR. D. LAUREANO FIGUEROLA

SEÑORES:

Es ley de nuestra naturaleza que la intensidad del dolor sentido por la pérdida de una persona querida halle su alivio y curación en el específico del tiempo, que convierte el recuerdo teñido de suave melancolía en justa alabanza de los que fueron, sin mengua de los que nuevamente aparecen, antes bien, siendo como sombra del cuadro de lo presente, que hace destacar mejor la luz proyectada por las nuevas generaciones.

Enlazamos hoy el grato recuerdo de nuestro antiguo colega D. Alejandro Oliván, que dejó vacante el sitio hoy ocupado por el nuevo Académico D. Eugenio Montero Ríos, y los méritos del que fué vienen á realzar los reconocidos en el distinguido jurisconsulto y catedrático que el voto de todos los Académicos ha llamado á esta Corporación.

Distinguíase D. Alejandro Oliván por la variedad y profundidad de estudios á que había dedicado atención preferente, y por la aplicación fructuosa de los mismos en bien del país. Su *Cartilla Agrícola* para las escuelas de primera enseñanza, es modelo de obras de esta clase,

porque á la claridad de la expresión del pensamiento, en que el Sr. Oliván descollaba, va unida la exactitud del concepto científico, al nivel de la ciencia más adelantada, vulgarizando y poniendo al alcance de inteligencias rudas los conocimientos indispensables para la prosperidad de la agricultura patria, habiendo merecido en público certamen que fuese declarada obra de texto en las escuelas del Reino. De igual manera dominó los estudios filológicos, y su frase castiza declaraba ser un maestro de nuestro idioma, así en la acepción propia de cada palabra, como en el giro de la frase, repugnando á su pulcro estilo la introducción no sólo de neologismos, sino cuidando en la dicción prosódica la acentuación más pura de que dió elegante muestra en los últimos años de su vida, tratando magistralmente cómo deben pronunciarse las nuevas palabras tomadas del griego, que el tecnicismo científico introduce para designar estudios, instrumentos y aparatos que obligan á darles nombre antes desconocido.

Pero donde más lució su valer y pericia fué indudablemente en la Vicepresidencia de la Junta general de Estadística, dirigiendo la formación de los censos de población de 1857 y 1860; en el censo de la ganadería en 1865; en el nomenclátor de todos los puntos habitados de la Península, y en los anuarios estadísticos de 1858 á 1865, que, en forma ordenada, condensaron y reunieron cuantos datos y noticias existían para dar á conocer la España moderna. Á esta obra aplicó el Sr. Oliván toda su actividad é inteligencia, y los que fuimos sus compañeros, pocos ya en número, para llevar á cabo tales empresas, debemos dar testimonio del gran servicio entonces prestado por el Sr. Oliván, cuyas condiciones de carácter benévolo y dúctil para dirigir y estimular á sus subordinados facilitaron en gran manera el buen éxito alcanzado.

Por natural y peregrino contraste de las manifestaciones de la inteligencia, el nuevo Académico llamado á nuestro seno para ocupar el puesto que la muerte del Sr. Oliván dejó vacante, brilla en otras esferas, recorriendo las del Derecho, y en preeminente lugar las del canónico, que por solemne oposición le colocaron en el magisterio de la Universidad Central, siendo en mí dulce recuerdo que rejuvenece el espíritu, enlazar el hecho de dar hoy la bienvenida al nuevo Académico con el abrazo que unió nuestra vida al entrar en la Facultad de Derecho. Juntos salimos de la Universidad por los azares de la suerte, juntos volvimos á ella, y nuevamente nos reúne en esta insigne Academia el amor á la ciencia y el constante deseo de que las verdades adquiridas sean útilmente aprovechadas, en la vasta región de los estudios morales y políticos.

Pero si el Sr. Montero Ríos como canonista goza de indiscutible fama, su competencia es notoria en todas las ramas del Derecho, y hoy ofrece nuevo y elocuente documento de su pericia el discurso que acaba de leer sobre el crédito agrícola, en que los estudios del jurisculto aparecen aquilatados por los del economista, consorcio indispensable de conocimientos, para que sean fructuosas las aplicaciones del Derecho en su desarrollo al estado actual de las sociedades. Quizá el ejemplo dado por su antecesor escribiendo la *Cartilla Agrícola* y pagándole tributo, acaso el conocimiento exacto de la situación precaria de los foreros de la tierra que le vió nacer, inspiraron al Sr. Montero Ríos la feliz concepción que revela en su importante estudio. Con gran tino, profunda erudición y conocimiento de la materia, demuestra, en la sucesión de los tiempos, cómo las sociedades y los organismos políticos han procurado dotar la agricultura de medios de crédito, porque puede afirmarse como verdad inconcusa

que toda necesidad humana da nacimiento á una institución más ó menos perfecta y desarrollada para satisfacerla, según sea mayor ó menor la necesidad sentida. De aquí la historia de los pósitos de Castilla, objeto de tantas ponderaciones como de abusos incalculables y limitados á facilitar la producción de cereales, cuando con vanidad hiperbólica, escasa población y sin medios de transporte que procurasen salida á los productos, se creía que Castilla, por lo cosechado más que consumido en las localidades, era el granero del mundo. Apenas se fijó la atención en la vid y el olivo, como si careciesen de importancia, ni en el cáñamo, ni en las frutas y hortalizas, objeto hoy de gran comercio exterior. Valencia y Murcia tenían muy contados pósitos, y los desconocía Cataluña, donde la vid prepondera y exige cultivo asiduo y esmerado. Pero es lo cierto que los pósitos oficiales ó píos llenaron en alguna medida la necesidad de los tiempos y localidades en que se crearon, y había en ellos un germen y un principio que sólo requería ulterior perfeccionamiento, por desgracia no realizado en sazón oportuna, y estéril ya cuando se ha querido volverlos á la vida, sólo por amor á todo lo antiguo, rehuyendo las transformaciones que la observación y la experiencia aconsejaban.

Cada nación, cada comarca ha tenido su manera peculiar de acudir con capitales al auxilio de la agricultura, y la erudición de cada escritor, estimulada por el amor patrio, rebusca antecedentes de semejante fenómeno, para alegar méritos de primacía y explicar la generación del actual crédito agrícola. Siempre que se habla del Crédito facilitado á la agricultura, ocupan el primer lugar los Bancos escoceses, siendo así que nunca tuvieron este objeto determinado y único en su fundación. Fueron y continúan siendo Bancos de emisión, de Depósitos, Cuentas corrientes y abrieron cré

ditos (*cash accounts*) á los labradores como á cualquiera otra persona, bajo la garantía de dos firmas solventes y por valor de 100 á 500 libras esterlinas, llegando á 1.000 libras en muy contados casos, sin que esta clase de operaciones hayan sido las más importantes de las realizadas por aquellos establecimientos, ni el éxito que hoy alcanzan se deba á ningún talismán mágico. Su mecanismo simplicísimo estriba en las cualidades morales de aquel pueblo ilustrado, activo y previsor que utiliza el instrumento del Crédito, porque sabe ahorrar y cumplir sus compromisos. Bueno es advertir que en España nos hacemos la ilusión de que todo lo extranjero va á maravilla y que entre nosotros todo se vicia y estropea, olvidando por completo los errores y las desgracias causadas por las emisiones y operaciones de los Bancos escoceses, para recordar tan sólo los beneficios que prestan hoy, después de rudas y dolorosas experiencias anteriores á 1845. La doctrina utilizable que nos procuran consiste en el hecho culminante de la generación ó aparición sucesiva de aquellos Bancos y su difusión sobre el territorio. Creado el primero en 1695, fundáronse hasta 13 en el siglo XVIII, y llegaron á 45 en el presente; pero en 1819 existían sólo 30 con 97 sucursales, y por efecto de la legislación de 1845 quedaron reducidos á 12 en 1864, por incorporaciones de unos á otros, suspensiones de pagos, etc., mientras que las sucursales se habían desarrollado hasta el considerable número de 591, para una población de cuatro millones de habitantes; hecho notabilísimo, que permite conocer personalmente á quienes se presta el servicio del Crédito, y los que lo necesitan tienen cerca de sí á quien pedirlo y con él les brinda, no como á labradores exclusivamente, sino como á cualquier otro industrial que se dirija á establecimientos mercantiles.

Lección no menos elocuente, aunque por otro estilo

muy distinta, ofrecen los Bancos de Silesia. Después de la ruina causada por la guerra, llamada en Alemania de los siete años, Federico *el Grande*, buscando remedio á tanta desventura, como toda guerra trae consigo, aprobó el plan propuesto por el negociante Buh-ring, para formar una Sociedad de Crédito territorial, por la reunión solidaria de todos los propietarios de cada comarca, no deslindando todavía, porque no era posible, el Crédito hipotecario del Agrícola, pero trayendo un elemento nuevo para la elaboración de la idea moderna, distinto del piadoso ó gubernamental del pósito castellano, como del Mercantil que acabamos de reseñar en Escocia. Fué este el de una Sociedad algo semejante en su base fundamental á las de los socorros mutuos entre propietarios, para prestarse crédito, como las hay ahora para auxiliarse en caso de incendio, cuya existencia no empece la de seguros á prima fija con carácter mercantil.

Pero la agricultura no puede pedir prestado bajo las mismas condiciones que el comercio para el reintegro á corto plazo, y debe afirmarse como verdad incuestionable la necesidad de pedir dinero á fondo perdido ó con amortización, conociéndose en Suiza, principalmente en los cantones de Berna y de Vaud, una institución peculiar llamada escrituras de renta (*lettres de rente*), en que el propietario se obliga al pago de una pensión, pero en que el capital nunca es exigible. Coincide con esta forma de proveer de recursos á la agricultura la que prevaleció en Cataluña, mi patria. Adoptóse idéntico sistema que en Suiza por medio del *Censal* ó censo consignativo, que no es en realidad un préstamo, sino una verdadera compra-venta de un capital, dando por precio una renta anual, ó viceversa, la compra de una renta dando por precio un capital, sin que éste sea exigible por parte del acreedor, mientras que el deudor

puede extinguir el censo, mediante la entrega del capital y rentas vencidas. Algo llevaba en sí la idea del pósito mejor que el censo consignativo; algo vivía en éste que no tenía el pósito; grande experiencia trae la difusión de las sucursales en Escocia; inmensa fuerza tiene el crédito colectivo de los propietarios de Silesia, respondiendo del individual, y el crédito agrícola en los días actuales ha sabido combinar las esencias jurídicas que en todas esas instituciones germinaban separadamente, uniéndolas en una concepción superior que ofrece satisfactoria solución al problema.

Para ello era indispensable que cayesen como caducos antiguos principios de derecho, idolátricamente respetados por los jurisconsultos que en el renacimiento de los estudios calificaron el Derecho romano de *razón escrita*. Ciertamente en determinados puntos los jurisconsultos romanos llevaron la perfección de las ideas jurídicas hasta el último ápice, sin que pueda retocarse ni cambiarse la fórmula con que las expresaron; pero la misma historia de aquel derecho muestra que no era una petrificación inorgánica, sino cuerpo dotado de vida, que se desarrollaba y cambiaba según las edades jurídicas, y aquel pueblo, muy poco dado al comercio, creyendo únicamente compatible con la dignidad del soldado el trabajo de la agricultura, no pudo desenvolver su actividad en la dirección mercantil y modificar ó subvertir, á consecuencia de ella, doctrinas estimadas como inconcusas dentro de su organismo y costumbres, que han sido en la sucesión de los tiempos relegadas como erróneas y perjudiciales. La echazón ó préstamo á la gruesa como *ley del mar*, estimada como superior al poder imperial, fué el ariete incontrastable que derribó la usura y tasa del interés, demostrando que eran hechos constantes los que para tolerarlo se consentían como excepcionales. La letra de cambio tras-

tornó por completo la doctrina romana de no poder cambiar de deudor sin consentimiento del acreedor, y ahora para el crédito agrícola, nuestra época ha venido á desmentir la regla de derecho contenida en el Digesto *plus cautionis in re est quam in persona*¹.

La demostración de que sucede todo lo contrario en nuestros días es perentoria, con sólo fijar la atención en el inmenso crédito personal que representa la letra de cambio, y la frase mercantil *una buena firma*, dice por sí misma los colosales valores cambiados, las extraordinarias facilidades, las consecuencias incalculables que produce el hecho de que el crédito estribe más en la confianza que inspira una persona que la caución dada en forma de prenda ó hipoteca, no porque ésta ó aquélla dejen de tener utilidad é importancia, pero no primaria como los romanos creían, sino subalternizada y pospuesta á la personal, porque ésta ha podido reducir las ritualidades y fórmulas jurídicas que exige todavía la inmovilidad de la hipoteca, para la pronta y fácil disposición de los fondos prestados.

Vivimos en la fe, dijo Fichte, y no sólo es aplicable tal regla en la esfera religiosa, sino en todas las relaciones sociales. Pero el crédito personal en su acepción más lata ofrece ventajas incuestionales que van desgraciadamente unidas al peligro de su exageración, y de aquí el desconocer muchos su potencia y querer reducir á la nada sus efectos, en tanto que otros lo consideran como manantial inagotable de riqueza, sin la acción del trabajo, cuando aquélla sólo puede consistir en valores efectivos como creación necesaria del trabajo mismo, siendo los documentos de crédito medio de cambio dentro de cierta medida y límites naturales que no perturben la seguridad de la obten-

1 Ley 25. Digesto, *De diversis regulis juris*.

ción del valor á plazo fijo; de suerte que no se multiplican los capitales, sino que se evita que permanezcan ociosos, por el empleo constante de los que existen, y de los que se van formando por medio del ahorro.

Apenas si saben firmar nuestros labradores, puesto que aun con el crecimiento de la cultura española sólo el 25 por 100 de los pobladores de la Península, según el censo de 1877, declararon saber leer y escribir. De aquí nace la observación natural de que no pueden otorgar fácilmente documentos de crédito, ni poner en circulación buenas firmas, quienes no pueden estamparlas al pie de aquéllos. Por tal razón, el crédito personal de nuestros labradores honrados y solventes es puramente de palabra, practicado en cada localidad de individuo á individuo y cumplido religiosamente, de tal suerte, que podría decirse que es esta la manifestación más cabal de la confianza que la idea de crédito significa, y véase cómo la dificultad, ó más bien la imposibilidad de suscribir una promesa de pago, en vez de facilitar el crédito limita el de la persona cuyas condiciones de honradez y solvencia no pueden ser conocidas en más vasta esfera, mediante la circulación de un documento que pueda pasar de unos á otros cesionarios. Por tal deficiencia de cultura en nuestro país, nace la multiplicación de solemnidades y la intervención de notarios y agentes oficiales, á los que mira con natural desconfianza el agricultor y de que el comercio ha sabido eximirse, partiendo de la base esencial de escribir para su validez todas las operaciones y contratos.

Por fortuna al marasmo y abandono en que la agricultura estaba sumida, sucede hoy emulación notable para fomentarla, creando Institutos y Granjas-modelos que prometen en lo futuro resultado provechoso, cuando la experiencia haya aquilatado la práctica de

las innovaciones, porque no se puede cambiar de repente la faz de las cosas en la agricultura, cual en la industria manufacturera, debiendo atender en cada región, no sólo á las condiciones de la tierra, sino á la densidad de la población y á la acción de los agentes naturales, bastando al efecto comparar la huerta de Valencia con las mesetas de la Mancha ó los páramos de Castilla, pudiendo afirmar con la autorizada opinión de nuestro difunto colega é ilustre estadista Don Fermín Caballero, que existen en España grados de agricultura y situación de los labradores que parecen pertenecer á edades distintas de civilización, como en vasto museo reunidas, que permite estudiarlas simultáneamente.

Grandes bienes ha producido para ulteriores tiempos la promulgación de la ley Hipotecaria, y como consecuencia de ella creyóse resuelto el problema del crédito agrícola con la creación de Bancos hipotecarios, por la analogía que indudablemente tienen entre sí; pero la observación y la experiencia vinieron muy luego á demostrar la diferencia y fisonomía peculiar de una y otras instituciones; pues el crédito hipotecario estriba en la garantía de los bienes inmuebles del deudor, que consienten la devolución ó amortización del préstamo á largo plazo, mientras que el crédito agrícola ofrece la garantía pasajera de bienes semovientes, cosechas anuales, aperos ó frutos almacenados, de difícil conservación. Había que buscar procedimientos peculiares para cada forma y obtención de crédito, atendida la diferencia de garantías y de personas que puedan ofrecerlas, y bajo este concepto, el nuevo Académico en su discurso contribuye al esclarecimiento de la cuestión, no sólo como economista eximio, sino muy principalmente como jurisconsulto competentísimo que domina la materia y abre nuevos sen-

deros todavía no recorridos, para facilitar la erección de instituciones en todas partes muy nuevas, por más que sean antiguos los elementos que las constituyen.

En efecto, el pósito envuelve en España el germen fecundo de la colectividad ó asociación para el auxilio mutuo de los labradores dentro de cada localidad, pero es colectividad oficial ó piadosa, no mercantil. Lleva consigo el pósito otra energía vital al problema del crédito agrícola, cual es la localización para el conocimiento de la persona prestataria, pero el quedar reducido á cada municipio, dió lugar á la creación de pósitos ricos donde menos se necesitaban, y de escasos recursos donde hubiesen sido más útiles. El censo consignativo ostenta en su favor el fecundo principio de no ser el capital reintegrable, pero no es amortizable por serie de anualidades, en tanto que la consignación en un Registro notarial indicaba por sí la conveniencia importantísima de que hubiese este elemento en sustitución de la firma del labrador, para que del Registro matriz naciesen otras formas y documentos de crédito, que podemos llamar hijas de nuestro siglo, y que aplicadas al uso del crédito de los Estados, han servido de base y norma de una creación superior, combinando las energías aisladas que dieron fruto indudablemente, pero escaso en comparación del que puede cosecharse, poniendo en contacto los elementos vitales que encerraban. Las naciones han hecho el experimento en el decurso de los siglos, y la no interrumpida serie de empréstitos solicitados para acudir á empresas más ó menos atinadas y provechosas, ha dado feliz remate al experimento. La reiteración del fenómeno ha resuelto el problema obteniendo las naciones la compra de capitales á perpetuidad, la división de éstos en fracciones al alcance de cada particular, representadas por títulos ó efectos públicos, documen-

tos de fácil y cómoda circulación ó transmisión, gozando cada título, como fracción del empréstito, una renta ó pensión determinada y su inscripción en un gran libro ó registro, lográndose de esta suerte amalgamar en una solución superior dos términos en apariencia inconciliables, á saber: colocación del capital á largo plazo, con la permanencia de la garantía, y la pronta y fácil disposición de los fondos prestados á voluntad del prestador capitalista.

Si pues en sustitución del Estado se forma una reunión solidaria de comerciantes ó de los labradores de un pueblo ó de una comarca, que den garantía colectiva de los capitales necesarios para las operaciones agrícolas que uno de ellos reclame y se inscriben éstos en un Registro del que nazcan cédulas ó títulos, por un plazo algo mayor del que exijan las cosechas para su obtención, el problema económico queda resuelto de una manera tan admirable como fecunda, porque el crédito personal á largo plazo, queda sustituido por el crédito colectivo á plazo corto; de suerte que el documento circulante pueda colocarse en la cartera del Banco de emisión dentro de los noventa días del vencimiento, y escalonadas previsora y rigurosamente las obligaciones suscritas por unos y otros labradores hasta tres ó cinco años que el Banco agrícola reciba, y las que de éstas vayan entrando dentro del plazo terminal de noventa días en que el Banco agrícola pueda ir á descontarlas en el Banco de emisión, se logra el pasmoso resultado, considerado antes como de imposible realización en la esfera económica: que el crédito personal obtenga el mayor grado de eficacia, ya no alcanzado, pero ni siquiera sospechado hasta ahora.

No es tan fácil la solución del problema jurídico, porque si no hay derecho contra el derecho, es necesario

estudiar y graduar los derechos preferentes ó que reclamen primacía para el cobro, según la situación relativa del peticionario del crédito, respecto al dueño de la finca ó del enfiteuta, del forero, del arrendador, del colono y de la sociedad prestadora; problemas todos en que pueden quedar lesionados legítimos créditos al concurrir y perturbar la marcha de la institución, si no hubiese equidad, tanto como expedición, en el modo de resolver el conflicto jurídico. Hasta ahora vióse sólo la cuestión en general, no penetrando en el piélago insondable de las dificultades que ofrecía la resolución de cada caso, porque faltaba el análisis de la cuestión bajo todos sus aspectos, para distinguir el crédito hipotecario del agrícola.

El primero presenta únicamente la relación de derecho entre el Banco ó el capitalista que presta y el propietario que pide prestado, garantizando la devolución de la suma en mayor ó menor plazo, con el inmueble incrito que responde eficazmente al prestador; pero en el crédito agrícola, además del labrador propietario pueden ser varios los que ofrezcan la prenda agrícola, ó los que tengan interés en que su crédito alcance preferencia sobre otros, naciendo de aquí complejas relaciones que requieren solución meditada por la ponderación de derechos que hay que establecer, antes de graduar la primacía de ellos, que asegure el reembolso ó la postergación que lo anula.

Este arduo problema es el que resuelve el nuevo Académico, poniendo á contribución los trabajos legales de Alemania é Italia, los proyectos en estudio del Senado francés, el Código de Portugal y no olvidando nunca los preceptos del Derecho romano para hacer revivir doctrinas antiguas preteridas por otras posteriores, no aquilatadas con la práctica. En esta parte de su trabajo acredita el nuevo Académico la madurez de

su juicio, al par que una convicción sólida le infunde alientos para una reforma vigorosa y de trascendencia incalculable. Como el nuevo Académico no sólo es hombre de estudio, sino de gobierno, que ejercía un elevado cargo que cuenta como atribución propia el fomento de la agricultura, cuando presentó su discurso á la Academia, ha tenido la honra y la fortuna de poder convertir en proyecto de ley las especulaciones científicas; porque si bien los encargados de la gobernación del país ahora y siempre, se ven obligados á estudiar cuestiones que el estado de la legislación y la civilización plantean en formas complicadas, gran dicha es para las naciones que los hombres llamados á resolverlas lleguen al poder con sólidos conocimientos, como una de las mayores prendas de acierto en su espinosa tarea. Gallarda y satisfactoria muestra nos ofrece el Sr. Montero Ríos en su discurso y en el proyecto de ley, consecuencia lógica del trabajo académico, de reunir en su persona condiciones de estudio como hombre de ciencia, y de iniciativa como hombre de gobierno.

Ciertamente el Sr. Montero Ríos, en la rectitud de su juicio, no podía olvidar, ni menos preterir la cita del nuevo Código de Comercio, cuyo espíritu, por demás amplio y generoso, ha introducido reglas sencillas que conduzcan al establecimiento de Bancos agrícolas, y es de notar que el legislador no ha querido ni pretendido que el crédito agrícola sea una institución pura y esencialmente mercantil, sino que ha trazado líneas generales para que puedan crearse compañías mercantiles que tengan por objeto el crédito agrícola, señalando en muy pocos artículos los puntos capitales, dentro de los que deben girar tales establecimientos, y dejando á la pericia mercantil de los asociados fijar las reglas que aseguren la marcha y prosperidad de las compañías.

¿Contradice ó altera el proyecto del Sr. Montero Ríos la ley mercantil novísima? En manera alguna; antes la amplía y extiende á toda clase de institutos de crédito agrícola, sean ó no mercantiles, y los que nazcan bajo esta forma encuentran resueltas por el nuevo Académico cuestiones que hubiesen exigido estudios preliminares por parte de aquéllos. La modificación más señalada, pero no esencial entre el Código y el proyecto, consiste en el plazo del préstamo, que el Código no consiente exceda de tres años, y el proyecto lo amplía hasta cinco. Á excepción de esta mayor latitud dada al plazo de reintegro, las diferencias que podrán señalarse respecto al Código de Comercio son en abono y aplauso del proyecto, concebido con espíritu valeroso, al par que práctico, para facilitar toda suerte de combinaciones ensayadas en nuestro país ó aclimatadas en el extranjero, de modo tal, que hace posibles las tres formas esenciales de todas las instituciones hasta hoy conocidas como intermediarias entre el prestatario y el prestador; las gubernamentales de los Estados ó Municipios, las de derecho común por asociaciones de propietarios, y las de derecho mercantil para las compañías que bajo este régimen quieran organizarse. ¿Habrá resuelto satisfactoriamente todos los problemas, y por ello va á despertarse como pasión transitoria la manía de crear Bancos agrícolas? Ni puede afirmarse lo primero, ni lo segundo sería provechoso. Como hombre de meditado análisis y severo juicio, el Sr. Montero Ríos presta el señalado servicio de todos los exploradores de nuevos continentes y tierras desconocidas, que señalan el camino por donde en ellas puede penetrarse, y los que tras de ellos siguen enriquecen con nuevos descubrimientos el primitivo. Así en la región de las ideas quien primero las concibe y expone llama la atención de otros espíritus prontos y sutiles

que aquilatan el trabajo primitivo, depuran lo que contiene cierto ó exacto, y separan como escoria lo que la experiencia demuestra errado ó deficiente. Si el proyecto de ley formulado por el Sr. Montero Ríos como consecuencia de su trabajo académico llega á ser discutido, obtendrá seguramente aprobación en su conjunto y perfección en algunos de sus pormenores, siendo impropio de este lugar y de este momento presentar alguna de mis personales observaciones, que quizá serían prontamente aceptadas por el ilustre Académico, no como censura, sino como realce y utilidad que contribuyese á mayor estimación de su notable trabajo.

Pero si hemos de prometernos ópimos frutos de la erección en nuestro suelo de instituciones de crédito agrícola, al par de otras de diversa índole exigidas por la agricultura, sería una calamidad deplorable por todo extremo, el que se considerase cual panacea de los males que la agobian y hubiese apresuramiento en pedir á la nueva ley todos los resultados que promete. Bien puede decirse en este caso que para conseguirlos se necesitan las tres condiciones proclamadas por los químicos en sus laboratorios, á saber: espacio, tiempo y reposo; porque precisamente, si no como proverbio, como frase generalmente aceptada se dice en nuestro país, cual si fuese peculiar á nuestra raza, que las leyes abundan, pero que no se cumplen, siendo así que para cumplirlas se requieren siempre las tres condiciones indicadas por los químicos. Pero sobre todo y ante todo, se requieren hombres que las cumplan y que las hagan cumplir. Ni basta la buena voluntad para ello, sino que es elemento indispensable que haya talento y pericia por parte de los encargos de llevar á exacta aplicación los preceptos legales. No hay herramienta, máquina ó procedimiento que por sí funcione, si está entregado á manos inexpertas, administradores poco

inteligentes ó inmorales. Un mal instrumento en manos diestras produce maravillas, y no hay que decir cómo crecerán éstas si el artífice tiene á su disposición útiles perfeccionados. Dad pinceles á un Orbaneja, y la agrupación chillona de colores exigirá poner al pie un letrero que explique lo que ha querido y no ha sabido expresar el mal pintor; ponedlos en manos de Velázquez, y los cuadros de las Meninas y las Hilanderas, prodigio del genio, han sido calificados como la teología de la pintura. Para que dé resultado el elocuente y profundo trabajo con que el Sr. Montero Ríos prueba el acierto de haberle llamado á su seno la Academia, es de desear que encuentre probos é inteligentes administradores; que los Orbanejas no obstruyan el paso á los Velázquez.





España